

PANORAMA DE LO INFAUSTO: LAS GRANDES CATASTROFES EN VALPARAISO, 1850-1930

MARÍA TERESA FIGARI*

Hacia 1850 Valparaíso era una ciudad decididamente progresista y pujante. Gracias a sus franquicias aduaneras, a la libertad de comercio, a la prosperidad de la banca y al comercio exterior, logró constituirse en el puerto más importante de esta parte del Pacífico. Dichas condiciones, unidas al auge minero del norte y al esfuerzo e iniciativa de sus habitantes, atrajeron a gran cantidad de laboriosos inmigrantes de diversas nacionalidades (en su mayoría ingleses, franceses, alemanes e italianos), quienes se integraron rápidamente, aportando conocimientos, experiencia, iniciativa y esfuerzos. El resultado de esta fusión fue una ciudad heterogénea y próspera en la que pudieron realizarse proyectos nunca antes desarrollados en el país.

Pero Valparaíso llegó a esta situación de privilegio a pesar de su geografía y de su escaso desarrollo urbano, y no estaba preparada para enfrentar las consecuencias de un enclave y una urbanización que la hacían presa fácil de devastadores incendios y de grandes temporales que ocasionaban naufragios, inundaciones y derrumbes. Por otra parte, la ciudad debió soportar –al igual que otras ciudades del país– sismos y terremotos de gran intensidad, y su población fue diezmada en varias ocasiones por pestes que parecían no tener control.

La historia infausta de Valparaíso, en el periodo que nos interesa, comienza el 15 de diciembre de 1850 con un dantesco incendio en el sector puerto de la ciudad. Dicho incendio redujo a escombros un total de 37 locales destinados a habitaciones particulares, tiendas, talleres y bodegas¹, y ocasionó pérdidas por un monto de \$200.000. Los edificios dañados pertenecían al Sr. Waddington, quien, por tener seguros comprometidos, no debió lamentar mayormente las pérdidas. Algunos vecinos lograron salvar parte de sus muebles y otros, que tenían allí sus tiendas, parte de sus efectos. Del incendio resultaron damnificados principalmente pequeños comerciantes que, en unas horas, vieron desaparecer el fruto de años de trabajo, así como una treintena de modestas familias para las que los daños resultaban extraordinariamente graves.

Gracias a la rapidez con que actuaron los vecinos y el cuerpo de bomberos, no hubo que lamentar víctimas, pero los daños materiales fueron importantes².

*Licenciada en Historia Universal, Magister en Historia. Coordinadora de Educación, Universidad Adolfo Ibáñez, Viña del Mar.

¹El Mercurio de Valparaíso, 20 de diciembre de 1850.

²El Mercurio de Valparaíso, 16 de diciembre de 1850.

Las características de la construcción, la estrechez de las calles y la altura de los edificios favorecieron la rápida propagación del fuego; mientras que la escasez de elementos para combatirlo y la inexperiencia de vecinos y voluntarios impedían su extinción. "... Todo faltaba, hachas, picos, baldes... Las mangueras de nuestras bombas reventaban a cada paso, se componían y volvían a reventar, los hombres pedían un hacha, un pico, una herramienta cualquiera, con que trabajar en el corte de la calle de la Aduana, los más no tenían más que sus manos para despedazar los techos. Esfuerzos individuales inauditos sin dirección, sin plan, sin conocimiento, se hacían en ese empeño, y las voluntades más enérgicas desfallecían al ver su insuficiencia"³.

Sin embargo, situaciones como la descrita no eran infrecuentes en Valparaíso –“Incendiópolis” para Joaquín Edwards Bello⁴; “Aliamapu” o país quemado⁵ para los primitivos aborígenes de la zona–. El desastre de 1850 tuvo su antecedente inmediato en el producido el 8 de marzo de 1843, fecha en la que la población de la ciudad se vio afectada por un gigantesco incendio de ocho horas de duración, que atacó las bodegas del puerto, arrendadas en ese momento por la Aduana y repletas de diversas y valiosísimas mercaderías, las que junto a quince casas que se encontraban en la calle Aduana –actual calle Prat– fueron devoradas totalmente por el fuego. Las pérdidas gigantescas para la época superaron los dos millones de pesos. El incendio se vio favorecido por el material ligero de las construcciones, cuyos altos eran casi todos de madera⁶.

Condiciones climáticas (vientos huracanados), características urbanas y de construcción de los edificios, fallas humanas en la manipulación de sustancias combustibles, recalentamiento de chimeneas y calderas en las casas industriales, falta de precaución, carencia de un Cuerpo de Bomberos bien adiestrado y dotado de elementos para combatir el fuego, eran algunas de las causas que, cada cierto tiempo, convertían a Valparaíso en una hoguera que consumía esfuerzos y bienes materiales y sumía a sus pobladores en la frustración y el desaliento.

Pero la destrucción no llegaba a Valparaíso sólo como consecuencia del fuego, ni los sucesos desgraciados se hacían esperar largo tiempo. Prueba de ello es que el 2 de abril de 1851 la ciudad fue azotada por un temblor con caracteres de terremoto, tanto por la intensidad de los remezones como por los perjuicios que causó. Así consta en la edición del mismo día de *El Mercurio* de Valparaíso: “Un fuertísimo temblor de tierra ha arrojado a toda la población de Valparaíso de sus casas a las seis y cuarenta y un minuto de la mañana... Durante quince segundos la tierra se movió horizontalmente con suma violencia, teniendo en consternación a todo el vecindario... se calcula que más de doscientas casas han sido completamente destruidas en aquel barrio [el Almendral], y que son innumerables las que quedan inservibles para habitarse... No hemos oído decir de víctimas, aunque se supone que hayan habido con los desplomes. Dos niños que cayeron del cerro Arrayán envueltos en los escombros han salvado, uno con fractura de una costilla y otro de una pierna...”⁷.

Ocho años después, el 13 de septiembre de 1858, un pavoroso incendio de siete horas de duración redujo a cenizas casi todos los edificios comprendidos entre la calle Edwards y del Cabo hasta la quebrada de San Juan de Dios, incluida la plaza del Orden. Ayudadas por un fuerte viento norte, las llamas arrasaron con “los magníficos pasajes de los Sres. Edwards y Cousiño, la Imprenta del Diario, el Banco de Valparaíso, la fábrica de Vapor Norte Americana, los hermosos edificios de los Sres. Solar y Gatica,

³Kaiser Camilla, Víctor, *Los bomberos voluntarios de Chile: Crónicas institucionales*, s/e, 1988, p. 20.

⁴Edwards Bello, Joaquín, *Valparaíso y otros lugares*. Edic. Universidad de Valparaíso, U.C.V., Valparaíso, 1974, p. 190.

⁵Edwards Bello, Joaquín, *op. cit.*, p. 11.

⁶Santos Toner, Ricardo, *Chile ilustrado*. Librería y Agencia del Mercurio, Valpo., 1872, pp. 165 y s.

⁷*El Mercurio de Valparaíso*, 2 de abril de 1851.

los más suntuosos almacenes y las más bellas tiendas de moda de Valparaíso, contenidas en estas cuatro calles, y de las cuales podía con razón enorgullecerse..."⁸

Otra vez las características climáticas y físicas de la ciudad conspiraban con el fuego para su destrucción. A las pérdidas ocasionadas por el incendio se sumaron las derivadas del saqueo, de modo que la cifra final se estimó en \$ 4.000.000. aproximadamente.

La destrucción que este incendio causó fue tal, que la comunicación entre el puerto y el Almendral quedó cortada por casi una semana para el tránsito de carruajes, debido a la gran cantidad de escombros de construcciones de más de dos pisos, cuyas murallas frontales cayeron directamente a la calle.

Pero el desastre de 1858 tendría aún otra razón para ser recordado: la muerte en acto de servicio del Sr. Eduardo Farley, primer mártir del recientemente formado Cuerpo de Bomberos de la ciudad. La crónica de *El Mercurio de Valparaíso* recogió la tragedia y el sentir del vecindario en los siguientes términos: "Anoche ha fallecido Mr. Farley, a consecuencia de un violento golpe que recibió en la espina dorsal. Este intrépido joven fue uno de los más entusiastas obreros en la extinción de incendio. Hallábase sobre el techo de la fábrica americana de la plaza del Orden cuando, al dar un hachazo en falso sobre una ventanilla, se precipitó sobre ella... cayendo al suelo de una considerable altura... Un mártir de la humanidad, que muere víctima de su arrojo y de su abnegación, merece una manifestación espléndida de gratitud, no sólo del Cuerpo de Bomberos sino de los vecinos de Valparaíso. La conducción de los restos mortales de Farley al panteón debe ser una oración pública, más merecida aun que la que se acuerda a los grandes vencedores..."⁹

Termina así la década del 50 en la historia infausta de Valparaíso; década que cambió, a fuerza de desgracias, la fisonomía del plan de la ciudad. Dos incendios y un terremoto renovaron parte de la zona del puerto, del Almendral y del centro. Obligada a rehacerse, la ciudad mostraba la otra cara de la tragedia: una enorme vitalidad que la impulsaba a redoblar esfuerzos y a modernizarse.

Sin embargo, la década del 60 reservaba para los porteños un nuevo e inusitado episodio de destrucción: el bombardeo de la ciudad por la flota de guerra española, el día 31 de marzo de 1866¹⁰.

Ese día la escuadra española, al mando del brigadier de Navío Castro Méndez Núñez, atacó desde el mar la ciudad de Valparaíso, sometiéndola a un intenso y violento bombardeo. La razón de esa desatina-

⁸*El Mercurio de Valparaíso*, 14 de noviembre de 1858. El total de las cuadras arrasadas por el fuego fue de seis, cuyo trazado era mucho mayor que las que existen hoy en día. Las superficies que se quemaban con cada incendio durante el s. XIX eran mucho mayores de las que se quemaron en el XX. Debemos pensar que generalmente eran cuadras enteras. Sólo el terremoto de agosto de 1906 superó en magnitud a los del siglo pasado.

⁹*El Mercurio de Valparaíso*, 16 de noviembre de 1858.

¹⁰El testimonio que mejor refleja esta absurda situación es la carta que el intendente Vicente Villalón envió al almirante español Méndez Núñez, donde le expone claramente la insensatez que significa una acción semejante: "El pueblo indefenso de Valparaíso, como asimismo sus autoridades, reciben sin quebranto de ánimo el anuncio de los horrores que V.S. les promete; pero, limitándome aquí a contestar el aviso que V.S. se ha servido darme, debo hacer abstracción de otro género de consideraciones que no sean las que al tenor de la nota de V.S. me sugiere... La ciudad de Valparaíso, centro puramente comercial, incapaz de poner la más leve resistencia a un bombardeo ni a otro género de ataque que no esté al alcance del brazo de sus ciudadanos, no puede ser considerada como una plaza militar, ni sus pacíficos e inermes habitantes, acostumbrados tan sólo a los trabajos de la paz, pueden ser reputados como combatientes. Apresúrome, por tanto, a rectificar estos conceptos de V.S. No obstante a la ineficacia que atribuyo a la medida de distinguir con señales los hospitales y demás edificios consagrados a institutos de caridad, porque en un incendio general como el que V.S. anuncia, difícilmente se escapan de las llamas los asilos del desvalido, confundidos como están con el resto de la población; no obstante, repito, se pondrán banderas blancas para indicar aquellos sitios, y tratar por este medio de evitar los horrores, ya que no a los habitantes inermes, a los enfermos y moribundos... He contestado la nota ya referida de V.S. de tratar de representarle la tremenda responsabilidad que el incendio de una ciudad indefensa y la matanza de sus pacíficos habitantes imponen al que se atreve a consumir un acto de esta naturaleza..." *El Mercurio de Valparaíso*, 28 de marzo de 1866.

da actitud obedeció a que Chile se encontraba en estado de guerra contra España en solidaridad con el Perú por el intento de ocupación de las islas Chíncha por fuerzas navales españolas. El bombardeo, que se suponía sobre objetivos específicos, afectó seriamente a la ciudad, destruyendo grandes edificios, casas comerciales, iglesias, viviendas e instalaciones del puerto. La mala puntería de los artilleros navales hispanos hizo que sus granadas produjeran innumerables incendios que la crónica registró de la siguiente manera: "Las llamas... abrasan nuestros más valiosos edificios... Ellos sin embargo se complacen en contemplar los estragos de las llamas que devoran sin distinción los hogares de las familias y los almacenes de la industria. El jefe de la escuadra, con un furor comparable tan sólo a su cobardía, no ha respetado los hospitales, ni los templos, ni los refugios del huérfano. El Hospital de Caridad y el Hospicio han servido de blanco a baterías... La Intendencia y la Bolsa han sido agujereadas... La Matriz recibió tres balazos en su frontis, penetrando las balas hasta el presbiterio... En quebrada de Juan Gómez, cerro del Arrayán, Santo Domingo y de Toro, hay también muchas casas dañadas..."¹¹. Además, los daños ocasionados por el bombardeo significaron la destrucción total de la sección tercera y cuarta de los almacenes fiscales, devoradas por el fuego, así como las valiosas propiedades comprendidas entre el cerro, la calle Blanco, la plaza municipal y el hotel Lafayette; grandes deterioros en la sección primera y segunda de los almacenes fiscales, en la estación de ferrocarriles y otros edificios particulares adyacentes¹².

Las pérdidas producidas por este bombardeo de tres horas de duración se calcularon en veinte millones de pesos para los intereses nacionales¹³ y ocho millones cuatrocientos mil pesos para los extranjeros¹⁴.

Por suerte, las desgracias personales que se lamentaron con este triste incidente fueron muy pocas, ya que la población porteña, desde el día 28 de marzo inició una evacuación rumbo a otras localidades y a los cerros.

Una vez más fue necesario recurrir a la fortaleza y al estoicismo del porteño para avanzar y reconstruir. La calma duró en esta ocasión aproximadamente veinte años. Durante el período comprendido entre 1866 y 1887 la vida se desarrolló sin grandes sobresaltos, y las actividades habituales se veían interrumpidas de tanto en tanto por sismos, incendios y temporales de magnitud menor, que no alcanzaban a perturbar el ritmo normal de la ciudad. Pero a fines de la década del 80 dos grandes calamidades conmovieron profundamente al primer puerto de Chile: la epidemia de cólera *Morbus* de 1887 y la gran inundación de 1888, producida por la ruptura del Tranque Mena.

¹¹*El Mercurio de Valparaíso*, 31 de marzo de 1866.

¹²*El Mercurio de Valparaíso*, 30 de abril de 1866.

¹³El detalle entregado por *El Mercurio de Valparaíso*, sobre las pérdidas económicas ocasionadas en edificios a raíz del bombardeo, fue el siguiente: Edificio Manet \$ 15.000; Edificio Gallo \$ 15.000; Gran Edificio Gallo \$ 300.000; Edificio del Hotel de la Unión \$ 75.000; varios \$ 12.000; Edificio Templeman \$ 55.000; Edificio Díaz \$ 30.000; Edificio Cood \$ 30.000; Calle Clave...Casa de Peña \$ 15.000; Casa de Pedregal \$ 8.000; casa atrás de la Peña \$ 8.000; calle de Cochrane...casa de Edwards \$ 15.000; casa de Correa \$ 30.000; casas de varios \$ 5.000; suma de la pérdida de particulares \$ 633.000... Pérdidas fiscales... Reparación de la estación de ferrocarriles \$ 3.000; del Estanco \$ 500, de la Intendencia \$ 4.000; de la Bolsa \$ 2.500; de la Artillería \$ 500; de la Aduana \$ 200; de la 1ª y 2ª secciones de almacenes \$ 10.000; valor de la 3ª y 4ª secciones de los almacenes \$ 500.000; del malecón de los mismos \$ 30.000; suma de pérdidas fiscales \$ 550.700; recapitulación...Pérdidas en edificios de particulares \$ 633.000; id. id. fiscales \$ 550.700; id., en muebles, mercaderías, etc., de particulares en sus edificios \$ 1.500.000; id. en mercaderías incendiadas en almacenes fiscales \$ 12.000.000; reparación de los daños causados en los edificios particulares por las bombas, etc., de los españoles \$ 50.000; total \$ 14.730.000... Los nombres de los propietarios que damos son sólo para designar grandes lotes... Las pérdidas verdaderas pueden evaluarse en \$ 20.000.000...". *El Mercurio de Valparaíso*, 2 de abril de 1866.

¹⁴Las pérdidas extranjeras fueron tasadas según las diferentes nacionalidades, de la siguiente manera: Francia \$3.500.000; Alemania \$ 2.500.000; Bélgica \$ 800.000; Inglaterra \$ 500.000; Estados Unidos \$ 500.000; otras naciones \$ 500.000; total \$ 8.300.000. *El Mercurio de Valparaíso*, 5 de abril de 1866.

La aparición de pestes, que muy pronto se transformaron en pandemias y causaron grandes estragos y muertes, tiene una larga lista de causas que se fueron acumulando a lo largo del siglo XIX, y que hicieron crisis hacia el término de la centuria, cuando la ciudad se vio invadida por cientos de familias campesinas que inmigraban hacia los centros más poblados del país en busca de una mejor calidad de vida¹⁵. La morfología de Valparaíso –que poco contribuye a la mantención de la higiene–, la acumulación de basuras en las quebradas, la falta de alcantarillado y de agua potable –especialmente en las partes altas de la ciudad–, la proliferación de construcciones populares tales como conventillos y cités, el atraso de la medicina, las pésimas condiciones higiénicas de los hospitales, una ciencia farmacéutica embrionaria y finalmente, una fuerte mentalidad antihigiénica y antihospitales, produjeron el primer gran desastre sanitario del período que nos interesa: la propagación del cólera Morbus hasta convertirse en epidemia, en 1887.

Respecto de la aparición del cólera Morbus en Chile, ya había antecedentes anteriores a 1887. Los años 1867 y 1869, epidemias de cólera y fiebre amarilla, respectivamente, no registradas en Valparaíso, igualmente generaron alarma. La primera se daba en “varios puertos del litoral extranjero” (Pacífico Norte), y la segunda establecía una cuarentena marítima en Caldera “a todos los barcos que se dirigían a Chile”, tal como lo señala un parte telegráfico del intendente de Atacama aparecido en *La Patria*¹⁶. Posteriormente, a fines de 1886, y fuera de todos los cálculos previsibles, el cólera Morbus penetró desde Argentina por el paso fronterizo de Uspallata y llegó a la Villa Santa María, en la provincia de Aconcagua que dista “... una i medio legua al sureste de la ciudad de San Felipe”¹⁷. Desde la provincia de Aconcagua se extendió con fatal rapidez a Valparaíso, diezmando, de paso, a otros departamentos intermedios. Así, *El Mercurio de Valparaíso* señalaba el 31 de enero de 1887 que en Quillota “...los casos [de cólera] se repetían con una continuidad que no les dejaba tiempo a los señores doctores para poder acudir a todos los llamados... La Cruz Roja y la Cruz Blanca trabajaron sin descanso... más de cuarenta y cinco casos fatales en su mayor parte, se sucedieron en el día”¹⁸.

Ante la inminencia de la invasión, las autoridades de Valparaíso tomaron medidas sanitarias para evitarla. No obstante, la epidemia llegó al puerto y el primer caso se presentó el 10 de enero de 1887. Inmediatamente, la recién creada Junta de Salubridad Pública ordenó implantar un cordón sanitario alrededor de Valparaíso con el fin de aislar la ciudad, controlar y detener el ingreso de personas contagiadas.

Al mismo tiempo, la Cámara de Comercio junto con la Intendencia Regional resolvieron –para paliar los perjuicios que el cólera ocasionaba al comercio– implantar “cuarentenas marítimas”¹⁹. Estas obligaban a los barcos que zarpaban de Valparaíso a otros puntos del país a cumplir una cuarentena preventiva en el puerto de Quintero hasta que se comprobara que no portaban el mal²⁰. Además se implantaron “cuarentenas terrestres” a cargo de soldados “celadores” y civiles desde Con-Con hasta la cuesta La Dormida. Estas consistían en supervisar o chequear a los transeúntes para ver si eran portadores o no del contagio epidémico; una vez comprobado que no lo poseían, podían seguir su camino²¹.

Pero a pesar de las medidas tomadas por las autoridades, la epidemia del cólera Morbus se desarrolló en Valparaíso en dos momentos: el primer período se extendió desde el 13 de enero de 1887 al 24 de abril

¹⁵Vial, Gonzalo, *Historia de Chile (1891-1973)*, Ed. Santillana, Santiago, Tomo II, 1981, p. 497.

¹⁶*La Patria*, 10 de marzo de 1869; en Caro Rojel, Viviana del Carmen *et al.* “Orígenes y dificultades de las primeras medidas de control sanitario dictadas entre 1886-1888 frente a la irrupción del cólera Morbus en Chile”, Tesis de Licenciatura en Historia, U.P.L.A. Valpo., 1988 (inédita).

¹⁷Memoria del Interior presentada al Congreso Nacional”, 1 de junio de 1887; p. 86; en *Ibidem*.

¹⁸*El Mercurio de Valparaíso*, 31 de enero de 1887.

¹⁹*Diario oficial de Chile*, Santiago, 31 de enero de 1887, N° 2.992, p. 243, en Caro R., Viviana. *op. cit.*

²⁰*El Mercurio de Valparaíso*, 21 de febrero de 1887.

²¹*El Mercurio de Valparaíso*, 27 de enero de 1887.

del mismo año, fecha en que ya no quedaban coléricos enfermos; el segundo, desde el 14 de noviembre de 1887 al 10 de abril de 1888. El número de personas fallecidas durante los dos períodos ascendió a 2.079, cifra que representa un 8,7% del total nacional de fallecidos.

Erradicada –con grandes sacrificios– la epidemia de cólera, en abril de 1888, la población de Valparaíso tuvo que presenciar atónita el paso de un río de lodo que corría por la calle Bellavista proveniente de la quebrada Yungay. La enorme ola de barro arrastraba casas, árboles, rocas, murallas, techos y seres humanos, y desembocó en el plan de la ciudad, llenándolo de lodo desde la plaza del Orden hasta la Plaza de la Victoria, y desde el cerro hasta el mar, destrozando todo aquello que se oponía a su avance²². Se trataba de la ruptura del Tranque Mena, ocurrida el 11 de agosto de 1888. En esa oportunidad, sólo transcurrieron cuatro meses entre la tragedia del cólera y el enorme desastre provocado en parte por las condiciones climáticas de la zona y en parte por la imprevisión y negligencia del porteño.

Otra vez una suma desafortunada de circunstancias geográficas, climáticas y humanas enlutaron a Valparaíso.

La difícil topografía sobre la que fue asentada la ciudad²³; la concentración de lluvias torrenciales en uno o dos meses del año²⁴; la presencia del viento noroeste, semihuracanado, entre los meses de mayo y agosto; la ocupación de los cauces naturales de evacuación de aguas lluvias de los cerros hasta el mar por una edificación espontánea y precaria; los procesos erosivos de origen natural y humano que provocaban derrumbe, obturación de desagües y resumideros en las calles, y la insuficiencia de los desagües y cauces para absorber los grandes volúmenes de agua que descendía de los cerros –además de la sistemática falta de preparación y limpieza durante la estación seca– causaban año a año grandes inundaciones que anegaban violentamente el plan, producían enormes pérdidas económicas y, ocasionalmente, provocaban la muerte de los habitantes más modestos de la ciudad.

Para dar solución al problema de las inundaciones, reiterado invierno tras invierno, se obligó a las aguas a correr por cursos forzosos –cauces comunes y abovedados– que resultaron ineficaces dado el enorme volumen de agua que descendía durante una lluvia torrencial. Una solución complementaria a la expuesta fue la construcción de represas o tranques en las partes superiores de las quebradas, con el fin de regular el volumen de agua que circulaba por éstas y que llegaba desde los cerros al plan de la ciudad. Pero esta fórmula no estaba exenta de peligro, ya que tanto los materiales con que fueron construidos, como el volumen de líquido que llegaron a acumular los hacía durante cada invierno un latente foco de peligro para las poblaciones que se ubicaban bajo dichos tranques. Así ocurrió con el lamentable caso del mencionado “Tranque Mena” en agosto de 1888, que es quizás, el mayor hito catastrófico que afectó el plan de la ciudad durante un temporal. Construido en 1873 para retener aguas de la quebrada San Juan de Dios y beneficiar los terrenos y establecimientos que Nicolás Mena poseía en esa quebrada y en el cerro Florida²⁵, el tranque –formado por grandes murallas de barro y piedra– no resistió la enorme presión que

²²*La Unión*, 12 de agosto de 1888.

²³Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Valparaíso: “Valparaíso: Visión Multidisciplinaria II”. s/e, s/p.

²⁴Así por ejemplo, según las observaciones practicadas en la Estación Central de Meteorología, en los años 1903 y 1904, los mayores índices de agua caída se registraron en los meses de mayo, junio y julio, con el siguiente milimetrage:

	1903	1904
Mayo	36.0 mm.	322.3 mm.
Junio	170.3 mm.	149.9 mm.
Julio	65.4 mm.	262.4 mm.

Cfr.: *La Unión*, 3 de enero de 1905.

²⁵*La Unión*, 12 de agosto de 1888.

ejercían los 12.000 m³ contenidos en su interior²⁶ y se “reventó”, produciendo la catástrofe que quedaría por muchos años en el recuerdo de los porteños.

El parte oficial de policía, entregado 12 ó 15 horas después de ocurrido el hecho, señalaba que: “... el agua cayó con gran estrépito y fuerzas [...] haciendo según últimos datos, 54 víctimas que perecieron ahogadas, quedando gran cantidad de gente en la indigencia por haber perdido muebles y hogar. Las aguas inundaron las calles Bellavista, Pirámide, San Juan de Dios, Teatro O’Higgins, Errázuriz hasta el Malecón y las plazas de la Victoria y Anibal Pinto...”²⁷. Faltaba aún explorar en las capas profundas de barro acumulado y averiguar el paradero de los reportados como desaparecidos²⁸. Los daños producidos a la ciudad y a la propiedad privada fueron cuantiosos, y el cálculo de las pérdidas económicas del comercio (suministrado al diario *La Unión* por los propios comerciantes) ascendía a un millón doce mil pesos²⁹.

Más de una década de calma vivió la ciudad después del derrumbe del Tranque Mena. Los habitantes del puerto fueron olvidando las tristes calamidades que la habían azotado en el pasado reciente, y dedicaban sus esfuerzos para convertir a Valparaíso en la opulenta metrópoli del Pacífico, de la que todo Chile se sentía orgulloso. El carácter emprendedor y tesonero de esta población formada mayoritariamente por europeos era sin duda el motor del vertiginoso auge que experimentaba la ciudad hacia fin de siglo. Sus edificios modernos de hermosa y elegante arquitectura demostraban dondequiera un brillante y rápido progreso. Su activo comercio que vivía al amparo del capital y del trabajo le daba vida laboriosa y agitada, y su población creciente de chilenos y extranjeros demostraba el impulso que tomaba en ella cada día la obra de la civilización moderna³⁰. Nada malo parecía posible ya.

Pero todo ese optimismo habría de desmentirse en la primera década del s. XX, cuando la ciudad fue conmovida por un devastador brote de viruela en 1905, y por el hecho luctuoso más significativo de toda su historia: El terremoto del 16 de agosto de 1906.

Tal como se señalaba en párrafos anteriores, Valparaíso era hacia 1900 una ciudad paradigmática en lo que a progreso se refiere. Pero a pesar de ello, las condiciones sanitarias expuestas a propósito de la epidemia de cólera *Morbus* no habían sido superadas. Resultado de ello fue la terrible epidemia de viruela desatada en 1905.

Los primeros casos se produjeron en el barrio del puerto y la peste se dispersó vertiginosamente por los sectores de la ciudad en que abundaban las viviendas obreras, dados la aglomeración de gente y el hacinamiento generalizado. Rápidamente la situación se tornó caótica: los enfermos aumentaban a un ritmo alarmante; los hospitales eran absolutamente insuficientes; los cuatro médicos destinados a la atención domiciliar de los variolosos no daban abasto, y las medidas sanitarias que tomaban las autoridades (poner en vigencia las dispuestas con ocasión de la epidemia de cólera y otras) resultaban ineficientes ante el avance de la enfermedad. La desesperación producida por tantos casos fatales hizo que el 9 de julio de 1905, el Consejo Departamental de Higiene declarara de primordial importancia el fomento a la vacunación masiva –a pesar de la enconada resistencia que las clases populares oponían al procedimiento– como la más eficaz medida preventiva contra la epidemia³¹.

La aplicación de esta última medida –no exenta de dificultades de todo tipo– pareció haber sido acertada, y la enfermedad fue cediendo. Una vez erradicada, el panorama siguió siendo confuso en lo

²⁶*Ibidem*.

²⁷*Ibidem*.

²⁸*Ibidem*.

²⁹*Ibidem*.

³⁰Rodríguez Rozas, Alfredo y Gajardo Cruzat, Carlos, *La catástrofe del 16 de agosto de 1906 en la República de Chile*, p. 37.

³¹*La Unión*, 9 de julio de 1905.

que respecta a víctimas fatales. La Junta de Asistencia Pública y el Consejo Departamental de Higiene, mediante el Sr. Alfredo Carvallo, afirman que "... Los muertos por viruela en Valparaíso, desde el 1 de enero hasta el 30 de junio [de 1905] ascienden a la cifra de 1.297 personas..."³².

Sin embargo, pese a todos los datos que diariamente entregaban la Asistencia Pública, los hospitales y los lazaretos, "... nadie, absolutamente nadie sabe hoy a punto fijo, cuántos enfermos hay en Valparaíso, cuántos ha habido, cuántos han muerto, cuántos mueren por día: todo esto es un misterio profundo..."³³.

Pero aunque no se tenga certeza del número de víctimas de la viruela, sí la hay de que ésta afectó mayoritariamente a los sectores sociales menos favorecidos de la población, y de que remeció fuertemente al sector empresarial, movilizándolo en distintos sentidos. De ello hablaremos más adelante.

Aproximadamente un año la ciudad entera giró en torno a la epidemia. Cuando ésta cedió, se precipitó sobre el puerto una catástrofe que afectaría por igual al grupo dirigente y a los grupos populares, dejando tras de sí una cifra de muertos y pérdidas materiales difíciles de superar.

En efecto, el 16 de agosto de 1905, a las 7.55 P.M., un terrible ruido subterráneo precedió al primer movimiento de tierra, que se prolongó por espacio de cuarenta y cinco segundos. La calma duró unos quince segundos y —sin que dejara de temblar— sobrevino una nueva aceleración de una violencia inaudita que remeció la tierra en sentido vertical y luego en círculos, con una espantosa fuerza y en medio de terrible ruido, todo lo cual se prolongó por noventa segundos³⁴. Inmediatamente se extinguió la luz eléctrica y la oscuridad se pobló de gritos, de estruendo y de relámpagos, y el aire se volvió irrespirable gracias al polvo que se desprendía de los derrumbes. Con diferencias de intensidad, el primer terremoto se prolongó por cuatro minutos completos³⁵. Cuando cesó de temblar, comenzaron los primeros incendios. A las 8.06 P.M. comenzó un segundo terremoto que alcanzó una intensidad aún mayor que el anterior. Seguían los relámpagos y se incrementaba la destrucción. Este segundo terremoto duró unos dos minutos y con él se completó la ruina de la ciudad. Todo caía, y al caer las casas se rompían las cañerías de gas; los incendios aumentaron y se extendieron por todas partes. A los pocos minutos había 39 grandes incendios y, dos horas más tarde, la ciudad se hallaba rodeada por un cinturón de fuego³⁶ que según testimonios era visible desde Peñablanca (32 km distante de Valparaíso)³⁷. Al horror de lo presente se sumaba el miedo de que se abriera la tierra y que el mar hiciera una irrupción sobre la ciudad (cosa que, a pesar de los signos existentes, no ocurrió). Y para completar el desolador cuadro, debe agregarse el pillaje que se desató entre las ruinas y la multitud paralizada por el pavor.

Pero pasó la noche, y el amanecer del 17 de agosto mostró a Valparaíso prácticamente en ruinas. Todo el Almendral —parte de la ciudad comprendida entre la Plaza de la Victoria y la Avenida las Delicias— había sido destruido por el sismo o por las llamas. Elegantes mansiones, exclusivos colegios, importantes iglesias, bancos, edificios públicos y particulares, todo fue reducido a escombros durante la noche. En el sector del puerto —comprendido entre la Plaza de la Victoria y Playa Ancha— los perjuicios fueron menores que en el Almendral. Si bien hubo incendios muy devastadores y grandes derrumbes, los edificios no resultaron tan dañados como los del resto de Valparaíso. Por su parte los cerros aportaron al desastre con una considerable cuota de destrucción.

El balance posterior arrojó cifras imprecisas, pero enormes. Muchísimas personas murieron a causa

³²*La Unión*, 13 de julio de 1905.

³³*La Unión*, 24 de julio de 1905.

³⁴Le Dantec, Francisco, "Terremotos en la historia de Valparaíso", *Revista de Marina...* p 414. Ver también *La Unión*, 4 de septiembre de 1906.

³⁵Rodríguez Rozas, Alfredo y Gajardo Cruzat, Carlos, *op. cit.* p. 44.

³⁶*Ibidem*, p. 48.

³⁷Calderón, Alfonso, *Memorial de Valparaíso*, Edic. Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 1986, p. 379.

del terremoto y sus múltiples consecuencias, y otras tantas quedaron heridas física y anímicamente³⁸. Sin embargo, el número exacto de víctimas fue imposible de determinar por razones tan variadas como las que se anotan a continuación: muchos perecieron carbonizados por los incendios; muchos cadáveres, que se encontraban esparcidos por las calles, debieron ser incinerados, ya que no era posible enterrarlos por falta de lugar en que hacerlo o porque las vías estaban prácticamente intransitables. Muchos fueron arrojados al mar³⁹. Considerando estas circunstancias, el número oficial de defunciones indicado por la Oficina de Estadísticas fue de dos mil personas; sin embargo, Alfredo Rodríguez Rojas y Carlos Guajardo Cruzat –cronistas de la época– calcularon un total de tres mil ochocientos ochenta y dos personas fallecidas⁴⁰, sin contar los que murieron, a consecuencia del terremoto en los días subsiguientes. Asimismo, el número de heridos calculado por ambos autores ascendía a veinte mil en todo Valparaíso.

Ahora bien, si pensamos en las consecuencias materiales que acarreó el terremoto, aparte del daño por derrumbe en las propiedades públicas y privadas, hay que señalar un importante número de puertos, caminos y vías destruidas, interrupción de servicios vitales como agua potable, alcantarillado, cortes de líneas telefónicas y telegráficas y numerosos destrozos en la zona portuaria⁴¹. Los perjuicios ocasionados en las propiedades, mobiliarios y mercaderías no aseguradas sobrepasaban los trescientos veintiséis millones de pesos de la época, en pérdidas. El monto de los seguros comprometidos en los incendios que siguieron al terremoto fue calculado en la suma de treinta y dos millones de pesos. Asimismo, el padrón municipal de las propiedades urbanas arrojó la suma de cuatro millones de pesos.

El domingo 30 de septiembre se celebraron en Playa Ancha solemnes honras fúnebres por las víctimas de Valparaíso, a las que asistieron el Presidente de la República recién asumido, Pedro Montt, algunos ministros, numerosos representantes de las naciones extranjeras y gran cantidad de personas de todas las clases sociales del puerto. La oración fúnebre fue pronunciada por el obispo de San Carlos de Ancud, monseñor Ramón Ángel Jara⁴². En Santiago, el arzobispo Mariano Casanova celebró, también, unas solemnes honras fúnebres por el alma de las víctimas del terremoto en toda la república⁴³.

Pero el terremoto no fue olvidado a pesar de la reconstrucción de la ciudad. Muy por el contrario, quedó en la memoria colectiva de Valparaíso durante muchos años, a tal punto que cada nuevo sismo (10 de noviembre de 1922 - 14 de abril de 1927 - 1 de diciembre de 1928) era una verdadera retrospectiva filmica del pasado, un retorno al terror sufrido en 1906. Y aún hoy constituye el parámetro objetivo –y también subjetivo– que permite a los porteños medir la intensidad y los efectos de cualquier otra catástrofe sísmica que les afecte.

Pasado el horror, la ciudad fue rápidamente despejada; la vida fue tomando poco a poco su ritmo habitual y se inició la reconstrucción. Pero hasta 1930 quedan aún episodios tristes en nuestra historia. Los más importantes, por las pérdidas humanas y económicas, parecen ser el incendio del edificio Astoreca, en 1914 y las epidemias de tífus exantemático e influenza en 1918-19 y 1922, respectivamente. Sin embargo, ninguno de ellos alcanzó dimensiones extraordinarias.

El edificio Astoreca, en el que "...vivían, según cálculos prudentes, cerca de cien familias... esto es, una verdadera población..."⁴⁴, estaba ubicado en la calle Cochrane esquina de Clave. Allí, la noche del 6 de mayo de 1914, a las 12:26 horas, se desató un incendio de grandes proporciones, que en casi seis horas de duración dejó el lugar convertido en cenizas y –junto con ello– una gran cantidad de muertos y damnificados.

³⁸Rodríguez Rozas, Alfredo y Guajardo Cruzat, Carlos, *op. cit.*, p. 45.

³⁹*Ibidem*, p. 166.

⁴⁰Urrutia de Hazbún, Rosa, *et al. Catástrofes en Chile: 1541-1992*, Edit. La Noria, Stgo., 1993, pp. 160 y 162.

⁴¹*Ibidem*, p. 157.

⁴²*Ibidem*, p. 162.

⁴³*La Unión*, 29 de agosto de 1906.

⁴⁴*El Mercurio de Valparaíso*, 6 de mayo de 1914.

Cinco años más tarde, Valparaíso hubo de sufrir un violento brote de tifus exantemático. El cerro Arrayán fue uno de los barrios más amagados por la epidemia, existiendo un gran foco ubicado en la calle Almirante Riveros, en una sección de cuarenta casas, donde durante la temporada de la epidemia se sacaron más de 15 enfermos rumbo al Lazareto⁴⁵. El Dr. Pedro Macuada, presidente del Consejo Departamental de Habitaciones Obreras, se comunicó con el intendente el día 1 de abril de 1919 para que se tomaran las medidas necesarias para evitar contagios continuos en las insalubres viviendas obreras. Como medidas preventivas se distribuyeron profusamente volantes que contenían información sobre el tifus exantemático y que llamaban a acudir a la "casa de la limpieza", donde se proporcionaban gratuitamente baños tibios y esterilización en seco de ropas⁴⁶.

Hacia el 12 de julio de 1920, el número de casos había bajado de 200, quedando sólo 30 en el Lazareto de Playa Ancha, de los cuales la mitad eran enfermos convalecientes. Sin embargo, la epidemia recrudeció —tras un año de lucha—, pues no había medios rápidos de hospitalización ni elementos para prevenir el contagio.

En este estado de cosas, con una carencia impresionante de medios técnicos y médicos para combatir las epidemias, y con una gran ignorancia por parte de la población popular, que se resistía a los medios que le ofrecía la medicina, la ciudad de Valparaíso fue creando un temple especial ante esa adversidad, casi diríamos una psicología predispuesta a soportar y enfrentar las calamidades. Las epidemias de cólera morbus, viruela, tifus exantemático e influenza marcaron profundamente la mentalidad del habitante de Valparaíso, al punto de considerárselas "enfermedades de época". Dichas enfermedades, dados los altos índices de incidencia entre 1880 y 1920, rodearon a Valparaíso con un halo de pesimismo que creó una mentalidad para la cual la vida no era demasiado importante, mentalidad que contrastaba violentamente con la pujanza social y económica de la ciudad.

A este recuento de infortunios padecidos por los habitantes de Valparaíso en 80 años debe agregarse aún los efectos de los temporales en la zona de la bahía y el puerto. A propósito de ello, un cronista de *El Mercurio de Valparaíso* comentaba en 1885: "... La más frecuente de estas calamidades, y lo que sin duda impide que nuestro puerto goce de las ventajas inherentes a una estación naval espaciosa y segura, son los temporales que ponen en peligro a los buques en invierno y de... [los que] ...no estamos libres tampoco en verano"⁴⁷.

De este modo, no sólo resultaba insegura la ciudad; también el puerto —a pesar de su importante ubicación geográfica— constituía un riesgo permanente para las empresas que realizaban a través de él el tráfico de sus mercancías. En resumen, hacia 1850 Valparaíso era sinónimo de pérdida potencial, tanto en el mar como en tierra firme.

Una mal llamada bahía de aguas muy profundas, totalmente desprotegida de los vientos del noroeste, que en invierno traen el mal tiempo y las tormentas⁴⁸; una precaria e insegura infraestructura portuaria; la inexistencia de iluminación en la costa; la carencia de un sistema de prevención de riesgos en el mar; la ausencia de una institución de rescate marino y la falta de rigurosidad en el cumplimiento de normas mínimas de seguridad, fueron algunas de las causas inmediatas de los desastres ocurridos durante las tempestades del 24 de octubre de 1836, 9 de julio de 1851, 1 de junio de 1903 y 7 de julio de 1904, por mencionar algunas de ellas.

El espectáculo que ofrecía la bahía a los habitantes de la ciudad, durante y después del temporal, era verdaderamente fascinante: se iniciaba con un mar embravecido al que poca mella hacían los esfuerzos

⁴⁵*El Mercurio de Valparaíso*, 1 de abril de 1917.

⁴⁶*Ibidem*.

⁴⁷*El Mercurio de Valparaíso*, 11 de diciembre de 1855.

⁴⁸Lafond de Lurcy, Gabriel, *Viaje a Chile: 1844*, en Calderón Alfonso, *op. cit.*, pp. 193-194.

del hombre por evitar su furia, y culminaba con gran cantidad de embarcaciones varadas, encalladas o hundidas, maderas flotando en la superficie de las aguas ya tranquilas, mercaderías de diverso valor esparcidas a lo largo de la playa y daños de magnitud producidos en las instalaciones portuarias⁴⁹. Pero estas demostraciones del poder del mar sobre la obra del hombre tenían un enorme costo. Baste como ejemplo el temporal del 24 de octubre de 1836, en el que vararon 3 bergantines, 3 goletas y una barca chilenos; 1 bergantín peruano; 1 fragata norteamericana; 1 bergantín y 1 goleta ingleses⁵⁰. Una destrucción semejante ocasionó el gran temporal del 1 de junio de 1878, durante el cual vararon los siguientes buques: 1 fragata, 1 pailebot y 3 chatas chilenas; 1 fragata, 2 barcas y 1 goleta nicaragüenses. A su vez, se fueron a pique 1 vapor, 1 lancha cisterna y 1 barca, todos chilenos. Resultaron con averías en su bauprés, palo trinquete, proa, popa, botalón de foque, etc., las siguientes embarcaciones: 5 barcas y 1 fragata nicaragüenses, 1 barca francesa, 6 barcas británicas, 1 barca alemana, 2 barcas guatemaltecas, 3 barcas chilenas, 1 chata, 1 pailebot y 1 bergantín chileno. Garrearón: 4 barcas británicas, 1 barca peruana, 3 barcas chilenas, 1 barca alemana, 1 bergantín nicaragüense. Además, se destruyeron 37 lanchas y 5 lanchones al azotarse contra el muelle o la costa⁵¹, los cuales eran propiedad de empresas tales como Craig y Co., Cía. Sud Americana de Vapores o bien de particulares como Manuel J. Contreras, Antonio Bafico, Pacífico Alvarez, Alberto Schröder, Nicasio Orgüelles, Sr. Bischoffhausen, entre otros⁵². Dicha lista da, por otra parte, una idea del movimiento portuario de aquel momento.

Las pérdidas ocasionadas por los temporales no solo traían desgracias a las naves fondeadas en la rada, sino que causaban enormes estragos a la mercadería dispuesta en los embarcaderos, playa y muelle; al malecón y sus instalaciones; a las vías férreas dispuestas en la costa; a los caminos costeros y a más de alguna casa ubicada en el litoral, hasta donde muchas veces llegaban a azotar las olas. Un típico caso de estos destrozos fue el mencionado temporal de 1878, cuyo detalle de daños en la infraestructura portuaria comercial y también urbana fue profusamente ilustrado en *El Mercurio de Valparaíso*: "El muelle fiscal ha sufrido algunos destrozos en sus enmaderaciones...Una de las grandes grúas que había sobre el muelle quedó tumbada a causa de los destrozos que sufrió el andamio...El muelle de embarque de pasajeros o las escaleras que llevaban ese nombre está todo hecho pedazos, lo mismo que una parte del terraplén donde está la farola, en donde el mar desempedró una buena parte con asfalto y todo... El plantío de la Bolsa fue mudado por el mar que encapillaba sobre la esplanada...El dique o encatrado en que se componían lanchas ha quedado también destrozado en gran parte... La línea del ferrocarril está despedazada en una grande extensión en la playa del Almendral... La rampa que se construye en los almacenes fiscales, frente a la quebrada del Taqueadero, se halla en esqueleto... El malecón... ha sido destrozado en una extensión como de veinte metros... El camino de Playa Ancha ha sufrido también considerables destrozos en todas las partes que no estaba defendido por piedra, como desde la punta Duprat hasta el nuevo restaurant en construcción...Considerables perjuicios han sufrido los señores Barazarte y Dorado, porque el mar les inundó las bodegas, lo mismo que otras inmediatas y las del edificio Goyenechea... Las olas arrancaron las puertas con bisagra y todo, y fue necesario ponerles barricadas de sacos y barriles para tapanlas y resistir la fuerza del mar... Las olas azotaban contra el edificio, y hubo una que alcanzó hasta el tercer piso del edificio del señor Barazarte... Las olas que caían sobre la esplanada iban a dar hasta el edificio Goyenechea, de donde retrocedían y luego tomaban la corriente de un río, pero río de leche por el color con dirección a Bellavista"⁵³.

⁴⁹*La Unión*, 3 de junio de 1903.

⁵⁰*El Mercurio de Valparaíso*, 24 de octubre de 1836.

⁵¹*El Mercurio de Valparaíso*, 1 de junio de 1878.

⁵²*Ibidem*.

⁵³*Ibidem*.

Así, de una u otra manera, los efectos de las olas furiosas y de viento huracanado eran temidos por marinos y comerciantes, pues tras su paso lo único que quedaba era destrucción, ruina... y quiebras económicas.

Pero, como dijimos en algún momento, la desgracia tiene otras facetas al margen de las dolorosas, y alrededor de ellas pueden manifestarse los rasgos más negativos –pillaje, especulación, indiferencia, desidia– y los más positivos –heroísmo, generosidad, solidaridad– de que está dotado el hombre. Así lo testimoniaban los artículos publicados en *El Mercurio de Valparaíso* y en *La Unión* con motivo del incendio de septiembre de 1858, el temporal de junio de 1878 y el derrumbe del Tranque Mena, en agosto de 1888, respectivamente. “El episodio más horroroso del incendio del sábado fue el descarado saqueo de varias tiendas y casas. La botica del señor Hahn, sin haberse incendiado, ha sido completamente saqueada, lo mismo que la sombrerería de Mr. Fouillet, una de las más surtidas y elegantes de Valparaíso... Esta fue invadida por la turba multa, que derribó las puertas y rompió las vidrieras, robando cuanto sombrero y mercadería encontraron a mano... [A tal grado se desató el saqueo que]... el capitán Blest... sable en mano se precipitó sobre la muchedumbre cegada por la embriaguez del pillaje..., siendo preciso que persiguiese a hachazos a uno de los más osados forajidos”⁵⁴. En relación con el temporal se advertía que “... con razón se ha censurado nuestra indolencia con motivo de no haber tomado medida de ninguna clase el día del temporal, sabiendo que los buques se iban a la playa al anochecer y que más tarde habrían de necesitar algunos socorros... ni una mala candela se mandó encender en toda la extensión de la playa, lo que por sí solo habría sido un gran recurso para los que se venían a tierra en la oscuridad más completa...”⁵⁵. Finalmente, en medio de la confusión ocasionada por el aluvión de lodo y piedras que descendió por Bellavista destacaron figuras como las del carretonero “... Manuel Lobos... [quien]... salvó a cinco hombres, llevando uno tras otro a la grupa de su caballo...”⁵⁶. Otro fue el caso de “... uno de los señores párrocos de la ciudad, [a quien]... vimos en la mañana recorrer a caballo los puntos amagados auxiliando moribundos... Alcanzó también a repartir cosa de unos quinientos pesos entre los pobres damnificados...”⁵⁷.

Por otra parte, temporales, terremotos, pestes e incendios, en muchas ocasiones sirvieron de entretención a los porteños, quienes acudían a constatar los destrozos como quien va a un paseo. Así, a propósito del temporal de agosto de 1899, *La Unión* comentaba “... desde las primeras horas de la mañana hasta las de la tarde, mientras el tiempo lo permitía, se estableció una verdadera romería de familias, que recorrían a lo largo el malecón, para contemplar la parte que ha quedado convertida en ruinas...”⁵⁸. Más conmovida, el 12 de agosto de 1888, con motivo del desastre ocasionado por la ruptura del Tranque Mena, la misma publicación informaba: “Cada vez que alguno de los espectadores manifestaba alguna sorpresa o daba alguna voz, toda la muchedumbre corría hacia él, creyendo que se trataba de algún descubrimiento de cadáveres. En seguida las exclamaciones, y después, esa masa movediza de espectadores deseosos de impresiones fuertes, rodaba hacia otro punto donde solía sorprenderla la broma de algún chusco. Así vagaban sin rumbo y sin concierto, a la pesca de cualquier pequeño detalle para conmovirse o divertirse...”⁵⁹. Entonces, la tragedia que afectaba a unos servía de distracción o espectáculo a otros.

Al mismo tiempo, los comerciantes que perdían grandes sumas de dinero en un siniestro eran los que proponían soluciones, se organizaban y acudían con iniciativas y dinero a la reconstrucción y consecuente progreso y modernización del primer puerto del país.

⁵⁴*El Mercurio de Valparaíso*, 16 de noviembre de 1858.

⁵⁵*El Mercurio de Valparaíso*, 3 de junio de 1878.

⁵⁶*La Unión*, 12 de agosto de 1888.

⁵⁷*Ibidem*.

⁵⁸*La Unión*, 11 de agosto de 1899.

⁵⁹*La Unión*, 12 de agosto de 1888.

Ciudad de contrastes, Valparaíso fue creciendo a pesar de los retrocesos impuestos por sucesos infaustos que no afectaban a toda la población por igual: el comercio y la actividad naviera sufrían grandes pérdidas, casi exclusivamente económicas, en incendios y tempestades –aunque en ocasiones quedaban a cubierto gracias a los seguros–; mientras que los sectores populares rendían vida y esfuerzos durante las epidemias, los derrumbes, las inundaciones y el fuego. Más ecuánime, en este sentido, el terremoto de 1906 enlutó a la ciudad sin distinciones de edad, sexo, raza, nacionalidad, credo ni rango social.

A pesar de todo, era necesario permanecer en esta ciudad que consideramos –desde la perspectiva actual– insegura y llena de contrastes. El riesgo permanente existía; lo prueban los hechos. Al esplendor de las grandes mansiones, se oponía la indesmentible miseria de los barrios obreros levantados en los sectores altos y en las quebradas de los cerros. Era urgente, entonces, hallar soluciones para evitar –si era posible– o disminuir –al menos– los perjuicios que la naturaleza y los hombres ocasionaban a Valparaíso. Y estas soluciones surgieron, preferentemente, de particulares –comerciantes extranjeros, en la mayoría de los casos– que, con el fin de proteger sus inversiones, fueron haciendo de la ciudad un espacio más seguro y habitable para ellos y, en alguna medida, para el pueblo que los acompañaba en el camino de prosperidad y modernización que se habían trazado.

Sobre estas soluciones –más o menos afortunadas– fue creciendo una ciudad que constantemente ponía a prueba el ingenio de sus habitantes, dejaba al descubierto su imprudencia o su negligencia y daba ocasión al heroísmo y a la generosidad cuando la fatalidad o el error hacían inevitable la catástrofe.

Surge así una historia paralela a la trazada en la que aparece con fuerza la capacidad organizativa del vecino de Valparaíso, manifestada en obras concretas, tendientes a poner atajo a las nefastas consecuencias de la situación geográfica, de las condiciones climáticas y de la imprevisión. Capítulos importantes son en ella la creación y puesta en marcha de instituciones de prevención, socorro y salvamentos –como el Cuerpo de Bomberos de Valparaíso, el Bote Salvavidas y diversas entidades sanitarias particulares surgidas con motivo de las epidemias–; la capacidad de organización para auxiliar económicamente a las víctimas de las tragedias y el dinamismo y la fuerza puestos en la tarea de reconstruir.

Hacia 1850 la ciudad ya había soportado grandes desastres, y había constatado con creces la ineficacia de las instituciones estatales creadas para actuar en ellos. Quedaba abierta, entonces, la posibilidad de intervención de los particulares en la prevención y control de estos sucesos desafortunados.

La primera institución creada con este propósito fue el Cuerpo de Bomberos de Valparaíso, fundado el 30 de junio de 1851, tras el gran incendio de diciembre de 1850. Cabe destacar, en esa oportunidad, el importantísimo papel de la prensa –especialmente de *El Mercurio de Valparaíso*– en la gestación y puesta en marcha de este tipo de iniciativas. En efecto, correspondió a ella el mérito de hacer públicas las deficiencias, aunar voluntades y llevar a la acción a los hombres de empresa más progresistas del momento. Fue así como Recaredo Santos Tornero –dueño de la mencionada publicación–, en su editorial del 16 de diciembre de 1850 decía: “Valparaíso ha permanecido ayer durante seis horas en la mayor consternación, mientras el fuego destruía dos aceras de la calle del Cabo, amenazando a la ciudad con sus espantosos estragos”⁶⁰. Y agregaba en otro artículo titulado: “Necesidad de organizar de antemano el trabajo de los incendios. Necesidad de un cuerpo de artesanos. Necesidad de bombas y bomberos” que: “es mui de temer que dentro de un mes el incendio de ayer esté olvidado, y no se piense ya en cuerpos de artesanos ni de bomberos, ni en compra de herramientas y bombas. Por eso convendría que los comerciantes y propietarios se reuniesen desde luego, nombrasen una comisión, facultada para coleccionar una suscripción periódica, con qué proceder al sostén de un cuerpo, a la adquisición de bombas y demás materiales... Si el comercio no lo hace por sí mismo, nada se hará. El tiempo pasará en los informes, trámites y autorizaciones de estilo y entretanto puede ser víctima el día menos pensado Valparaíso”⁶¹.

⁶⁰*El Mercurio de Valparaíso*, 16 de diciembre de 1850.

⁶¹*Ibidem*.

Las drásticas expresiones del dueño de *El Mercurio de Valparaíso* no sólo se apoyaban en la experiencia inmediata; tenían sólido fundamento en una nota remitida por el Ministerio de Guerra a la Municipalidad de Valparaíso, con ocasión del gran incendio del 8 de marzo de 1843. En ella se afirmaba que "... el número de individuos de que se compone la Brigada de Bomberos es más que suficiente para atender a los objetos de su instituto, si se atiende a que los pueblos donde ha llegado a su perfección esa clase de cuerpo nunca excede de aquel número: que la experiencia ha acreditado que un corto número de hombres perfectamente ejercitado en el manejo de las bombas y a quienes por la misma profesión a que pertenecen es más fácil arraigarles principios de destreza, orden y disciplina, llena mejor sus deberes, puesto que deberá emplearse el cuerpo exclusivamente en cortar los progresos del fuego en casos de incendio, dejando a los demás de la guarnición y a los otros cívicos, el cuidado de guardar las avenidas, el custodiar los efectos salvados, y las demás atenciones del servicio de armas: y que siendo la Brigada de Bomberos un cuerpo casi del todo municipal y destinado al servicio del pueblo a que pertenece, parece muy propio que el gobierno no sea sólo el que haya de proporcionarle los recursos que necesita, y más bien son del resorte del pueblo que recibe el beneficio"⁶². Con ello, el Ministerio de Guerra, de quien dependía el financiamiento de esta primitiva institución bomberil, se desligaba de toda responsabilidad de solventar los gastos operativos de la brigada, traspasando esta obligación a la población del puerto.

El llamado de *El Mercurio* llevó a pedir al intendente interino del momento, José Santiago Melo, que nombrase a hombres como los Sres. Stevenson, Duprat, Lorig, Brown o Livingston para que ejercieran el puesto de oficiales, con facultad para llamar al servicio al número de ciudadanos que necesitasen, estando éstos obligados a obedecerlos; para que proveyera de carros de transporte de personal, reuniera las herramientas, baldes e implementos necesarios para el trabajo; compusiera las bombas existentes y acogiera un ítem de gastos en su presupuesto para indemnizar a todas aquellas personas que participaran en apagar un incendio. Además, pedir que se organizara por separado el Cuerpo de Bomberos del de Artesanos, puesto que: todos los jóvenes de Valparaíso se enrolarían en este cuerpo"⁶³.

Por otra parte, el 19 de diciembre –tres días después de publicado el artículo de Recaredo Santos Tornero– se reunió, en el edificio de la Intendencia, un grupo de personas, presidido por el intendente interino. Se nominó allí una comisión integrada por José Cerveró, José Tomás Ramos, Guillermo Müller, Juan Brown, Martín Stevenson y Tomás Gatica, "... para que reuniendo datos necesarios propusiese los medios más eficaces de que podríamos echar mano en Valparaíso para prevenir y para apagar los incendios, autorizándosela a tomar disposiciones inmediatas que la inminencia del peligro requiriera"⁶⁴.

Un mes después, la citada comisión rendía cuenta de su trabajo a los comerciantes, propietarios y vecinos inscritos en los registros abiertos para la formación de una asociación contra el fuego. En dicha cuenta aseguraba que "... nada se había adelantado con la adquisición de esos materiales si no se organizaba desde luego el cuerpo de voluntarios que debía cuidarlos y emplearlos en defensa de la población"⁶⁵. Una nueva comisión, integrada por Guillermo Müller, Otto Udhe, Jorge L. Hobson, E. Mickle, Juan Brown y Martín Stevenson, fue nombrada para ese efecto; mientras que otra, compuesta por Carlos Lamarca, don H. Ward y Francisco A. Nebel, se encargaría de recolectar fondos para la adquisición de materiales e implementos contra incendios.

El 30 de abril de 1851, en el Teatro de la Victoria y ante gran cantidad de vecinos, ambas comisiones informaron ampliamente de sus cometidos: Se contaba ya con material suficiente, y se disponía de

⁶²Municipalidad de Valparaíso, "Índice General del Archivo", segunda parte, *Actas municipales*, Imprenta La Patria, Valparaíso, 1896, p. 285; en Garrido de la Rivera, Eugenia, "Acontecer infausto y mentalidad". Tesis Magister Historia (inédita), U.C.V. Valparaíso, 1991.

⁶³*El Mercurio de Valparaíso*, 16 de diciembre de 1850.

⁶⁴*El Mercurio de Valparaíso*, 1 de enero de 1851. Ver también: Kaiser Camilla, Víctor. *op. cit.*, p. 21.

⁶⁵*El Mercurio de Valparaíso*, 1 de mayo de 1851.

trescientas treinta personas inscritas en los registros que se habían habilitado en la Bolsa de Comercio y en la Imprenta de El Mercurio.

Era tiempo de formar definitivamente el tan deseado Cuerpo de Bomberos, y la constitución definitiva de la Asociación se llevó a efecto el 4 de junio de 1851. En esa fecha, Juan Carlos Gómez, integrante del directorio provisional, dio cuenta de los trabajos realizados y procedió a la lectura del Acta Orgánica redactada por el Directorio, la que ya había sido sancionada con anterioridad por el Sr. Intendente, conjuntamente con la nómina de adherentes debidamente firmada. Se dio a conocer, además, el oficio emitido por la autoridad, por el que transfería el material de los Zapadores Bomberos a la novel entidad y se ordenaba a la policía, en casos de incendio, obedecer al Superintendente de ella⁶⁶.

Pese a que la Primera Compañía se constituyó en el salón de la Bolsa Comercial el día 6 de junio de 1851, la Segunda Compañía el día 7, la Compañía de Guardias de la Propiedad el día 9 y la Primera Compañía de Escalas y Hachas el día 10, se acordó establecer como fecha de fundación de la institución de Bomberos Voluntarios y, por ende, de las cuatro compañías, el día 30 de junio de 1851⁶⁷, día en que oficialmente nació el glorioso Cuerpo de Bomberos de Valparaíso y, consecuentemente, la primera organización bomberil de la república.

El 2 de mayo de 1852, diez meses después de su fundación, Valparaíso presenció orgulloso la Revista General del flamante Cuerpo de Bomberos, la que arrancó calurosos aplausos y la admiración del vecindario, por su entusiasmo, marcialidad y disciplina. Este acto fue presenciado por el Presidente de la República, Manuel Montt. En esa oportunidad, el Presidente expresó, en un improvisado discurso: "Una manifestación más alta, si cabe, del espíritu de Valparaíso, son las diversas instituciones que se han creado y, entre ellas, debo una mención especial a las Compañías de Bomberos, hermoso plantel que no puede mirarse sin complacencia y sin formar, al tiempo, el voto que este ejemplo, fecundo en grandes aplicaciones, sea imitado en toda la República"⁶⁸.

De esta manera se configuró el Cuerpo de Bomberos, que puede ser considerado como un todo unitario, articulado en numerosas compañías, lo que permitía una mayor efectividad en la lucha contra los incendios. Estas compañías eran plenamente autónomas en su organización y fuertemente competitivas entre sí, integradas desde sus orígenes por miembros voluntarios. Dicha competitividad se acrecentó cuando las diversas colonias extranjeras afincadas en el puerto hicieron su aporte en este sentido. Así, con el correr del tiempo, Valparaíso llegó a tener diez compañías, caracterizadas por la nacionalidad de sus componentes, los cuales, en muchos casos, mantienen ésta hasta nuestros días: 1ª Bomba Americana, 2ª Bomba Alemania, 3ª Bomba Cousiño (Chilena), 4ª Bomba España, 5ª Bomba Francesa, 6ª Bomba Italiana, 7ª Bomba Unión (de Hachas y Escaleras, chilena), 8ª Bomba Francesa (Hachas y Escaleras), 9ª Bomba Freire (Hachas y Escaleras, chilena), 10ª Salvadora y Guarda de Propiedad, chilena.

Todas ellas estaban formadas por "voluntarios" y "jornaleros". Se llamaba "voluntarios" a los encargados de combatir el fuego; eran personas de cierto nivel social, generalmente alto, que veían en la actividad bomberil una forma de servicio y de aventura, a la vez que un atractivo núcleo de sociabilidad y hermandad cimentado en la camaradería. Los "jornaleros", por su parte, desempeñaban labores auxiliares, hoy reemplazados por la fuerza motriz y la tecnología (arrastrar la bomba y los gallos, accionarlos, hacer funcionar las mangueras y manipular los "chorizos"). Eran personas de menor nivel social —pueblo con oficio de artesanos, zapateros, etc.— para quienes la bomba significaba una escuela de superación y de distinción en la sociedad en que vivían. Pero, para ambos, el mayor atractivo que ofrecía la institución era la posibilidad de servir a la comunidad en situaciones tan aflitivas como los incendios.

⁶⁶Kaiser Camilla, Víctor. *op. cit.*, p. 22.

⁶⁷*El Mercurio de Valparaíso*. 3 de mayo de 1852.

⁶⁸Kaiser Camilla, Víctor. *op. cit.*, p. 23.

Este impulso valeroso y desinteresado probaría sus límites el 13 de septiembre de 1858, fecha en que murió Eduardo Farley –tercer teniente de la Primera Compañía de Hachas y Escaleras–, primer mártir del Cuerpo de Bomberos de Valparaíso. Conmovidos profundamente por la situación, los vecinos del puerto manifestaron su pesar en las imponentes honras fúnebres que se le rindieron, y su generosidad y consecuencia en un significativo aporte económico a su familia.

Pero no fue Eduardo Farley la única víctima cobrada por las llamas; ni el esfuerzo por combatirlas, la única ocasión de lucimiento del primer Cuerpo de Bomberos del país. El bombardeo de 1866 y el terremoto de agosto de 1906 pusieron a prueba una vez más su capacidad y su espíritu de servicio.

Hacia 1926 –fecha en que el Cuerpo de Bomberos festejaba sus 75 años de existencia– habían disminuido considerablemente la frecuencia y magnitud de los incendios. Una ciudad más segura por su nuevo trazado y por la construcción de sus edificios, artefactos domésticos de calefacción e iluminación menos riesgosos, medidas preventivas aplicadas en las industrias por disposición municipal y una institución organizada y eficiente –a pesar de las dificultades operativas que ofrecía Valparaíso– lograron que no se volviera a repetir la frecuencia aproximada de siete años entre siniestros de proporciones (1843-1850-1858). En rigor, al gran incendio de 1858 siguió el de 1914 –56 años–; los otros desastres ocasionados por el fuego tuvieron su origen en un bombardeo y en un terremoto, y el fuego resultó absolutamente incontrolable.

Aún en 1926 no había en Valparaíso una cantidad suficiente de grifos; tampoco se contaba con subidas accesibles para los carros; sobre todo en algunos sectores de los barrios altos. Ello implicaba que, en casos de alarma, había que llegar con implementación al hombro, perdiéndose un tiempo muy valioso⁶⁹. Sin embargo, en el siglo XX empezaron a introducirse adelantos tecnológicos importantes, como los carros bombas. Así, por ejemplo, en 1926 se disponía de una bomba automóvil American Lefrance, con un poder de 70 caballos de fuerza y una capacidad de 500 galones por minuto, además de otras bombas y carros con escaleras telescópicas; este nuevo material permitía combatir directamente el fuego, mientras que las hachas, escaleras y baldes utilizados primitivamente permitían efectuar sólo una labor de contención⁷⁰. De este modo, los gallos o carros mangueras empezaron a ser reemplazados, a partir de la fecha citada, por bombas montadas en carros cortos, livianos y resistentes, capaces de subir a todas partes⁷¹. Otro adelanto notable en la apremiante carrera contra el tiempo que impone el aviso oportuno de un incendio, lo constituyó la Central de Bombas, que unificó varias líneas bajo el número 4151. Esta Central, además, permanecía conectada las 24 h del día con las comisarias y principales retenes⁷², lo cual permitió aumentar considerablemente la rapidez en el combate de incendio y amagos, garantizando –además– la seriedad de la alarma.

Así, al cumplir 75 años de vida el Cuerpo de Bomberos de Valparaíso aparecía como un verdadero modelo de servicio público y entrega desinteresada a la comunidad. En este sentido, el mejor reconocimiento a su labor lo hizo *El Mercurio de Valparaíso*, en su edición del 30 de junio de 1926: “Marchando siempre a parejas con el progreso de la ciudad, compartiendo sus dolores, celebrando sus júbilos, el Cuerpo de Bomberos de Valparaíso, el primero en fundarse en la república, tiene a su haber una hermosa leyenda del más noble y desinteresado humanitarismo... Pocas instituciones como ésta han logrado trascender la acción del tiempo manteniendo latente el entusiasmo inicial de sus fundadores... En las horas de angustia, cuando las epidemias han amenazado de muerte a los habitantes de esta ciudad, los bomberos han recogido a los enfermos; cuando un terremoto sembró de cadáveres las calles de Valparaíso, llevan-

⁶⁹*El Mercurio de Valparaíso*. 30 de junio de 1926.

⁷⁰*Ibidem*.

⁷¹*Ibidem*.

⁷²*Ibidem*.

do el luto y el llanto a todos los hogares, el Cuerpo de Bomberos, activo y disciplinado, cumplió heroicamente con su deber... En los grandes siniestros, en los momentos difíciles de la Guerra del Pacífico, en los aciagos días de la Revolución del 91, o en las convulsiones internas, los bomberos fueron siempre la institución que veló por la seguridad pública, y hasta llegó al sacrificio de los miembros en aras del deber... El Cuerpo de Bomberos ha sido, pues, una verdadera escuela de civismo...⁷³.

Al mismo tiempo que la ciudad se defendía del fuego, se iba desarrollando lentamente la conciencia de que debían disminuirse los riesgos a los que ésta estaba expuesta por los temporales. La reiteración de estos hechos impredecibles e imprevisibles en su total dimensión exigía una oportuna toma de medidas, pero esas medidas requirieron de largo tiempo, a pesar del progreso experimentado por la ciudad a lo largo del s. XIX. Ya en 1855, *El Mercurio* denunciaba que "... los buques se acercaban lentamente, arrastrados por las olas, a estrellarse contra las rocas por el lado del Almendral, y debemos decirlo ya...ningún esfuerzo se hizo para salvarlos, y la señal de auxilio parece que se hubiera enarbolado en medio del desierto..."⁷⁴. Algo semejante ocurrió con la barca chilena "Carolina", la cual varó irremediablemente el 7 de diciembre de 1855, ante la indolente mirada de tres vapores chilenos surtos en la bahía, incluso el de guerra "Cazador" cuyos servicios habrían evitado la tragedia⁷⁵. Al año siguiente, durante el temporal desatado el 14 de marzo de 1856, la situación seguía siendo la misma: "...señales de auxilio aparecieron poco a poco en algunos buques, y como en nuestro puerto no hay medios prevenidos de antemano para estos casos, no se pudieron prestar sino los que el interés individual improvisó en algunos casos, a riesgo de vida y dinero, lográndose por este medio disminuir el número de averías..."⁷⁶.

Tras ocurrir estas tristes experiencias, tanto los particulares como la autoridad marítima fueron, poco a poco, tomando conciencia de la necesidad de prevenir los riesgos que suscitaba un temporal en Valparaíso. En este sentido, un importante avance lo constituyó la medida tomada por la Gobernación Marítima consistente en repartir, a cada capitán de nave, un ejemplar del "Anexo al Reglamento General de Policía Marítima", el cual contenía "... prevenciones especiales para el puerto de Valparaíso y las instrucciones y las señales a colores para anunciar peligro o demandar auxilio; y además, las indicaciones barométricas que se hacen desde la Bolsa Comercial y la torre de la Gobernación Marítima"⁷⁷. Otra importante indicación de dicho "Anexo" prevenía que "... durante los meses de mayo a agosto inclusive, todos los buques surtos en la bahía deberán mantener abajo sus vergas de juanete y calados sus masteleros... Los buques acoderados en las líneas durante ese mismo tiempo deberán estar amarrados con dos anclas a proa, con ciento cinco brazas de cadena cada una en la línea de agua y una rejera con noventa brazas... En los meses arriba citados, los buques en franquía deberán fondear su segunda ancla tan luego como en el edificio de la Bolsa Comercial se ponga la señal de mal tiempo, que se indica con dos bolas, sin esperar a que la fuerza del tiempo exija esa medida..."⁷⁸.

Así pues, con el correr del tiempo se fue entronizando la costumbre de poner en práctica toda una rutina de prevención en los días de temporales, la que dependía directamente del gobernador marítimo. De este modo, apenas se veía venir el mal tiempo, la citada autoridad ordenaba revisar las amarras de los buques en sus fondeaderos, el estado de seguridad de las embarcaciones menores, las dependencias del puerto desde los malecones de la Aduana, el espigón de atraque, etc.⁷⁹. Con todo, los hitos más relevan-

⁷³*Ibidem*.

⁷⁴*El Mercurio de Valparaíso*. 11 de diciembre de 1855.

⁷⁵*El Mercurio de Valparaíso*. 8 de diciembre de 1855.

⁷⁶*El Mercurio de Valparaíso*. 14 de marzo de 1856.

⁷⁷*La Unión*. 6 de junio de 1903.

⁷⁸*Ibidem*.

⁷⁹*El Mercurio de Valparaíso*. 13 de junio de 1930.

tes, tanto en la prevención de riesgos ocasionados por los temporales, como en la modernización de las faenas de control de los mismos, fueron –sin duda– la creación del Bote Salvavidas en 1878, las profusas ordenanzas de la Capitanía de Puerto a fines del s. XIX y la construcción del molo de abrigo en 1911.

Las disposiciones emanadas de la Capitanía de Puerto disminuían los riesgos durante las tempestades, pero no impedía los naufragios, y cuando éstos se producían no había un cuerpo de personas que se dedicara al rescate de las víctimas de aquéllos, razón por la cual, una vez más, la iniciativa privada se hizo cargo de remediar esta grave falencia.

Para superar esta situación, en 1878 se creó el primer Cuerpo de Salvavidas de Valparaíso, que tuvo su origen en la Logia Germania, institución que se dedicó a premiar pecuniariamente a los héroes que en cada temporal salían, a riesgo de su vida, a salvar al prójimo.

Después la Logia Lessing junto con otras de su categoría se dedicó a continuar la obra de la Germania, fundando en 1880 la Unión Masónica para la propagación del salvamento de vidas en mar y tierra, organización ya de carácter universal. Esta, además de la premiación de los héroes, proyectó la instalación de un foco en la bahía de Valparaíso, así como la adquisición de elementos necesarios para el salvamento de naufragos durante los temporales⁸⁰.

En 1883 esta organización ya disponía de equipos para prestar auxilios a barcos, como fusiles “Cordes”, cajas de cuerda, aparatos lanza cohete, chaquetas de corcho y folletos explicativos sobre la manera de prestar auxilio a los naufragos. A principios de 1884, la Sociedad se instaló en su cuartel propio, en un terreno de 144 metros cuadrados cedido por la Gobernación Marítima. En 1886 recién pasó a denominarse “Cuerpo de Salvavidas de Valparaíso”, quedando integrado por la siguiente oficialidad: director Julio Chaigneau; comandante, Oscar Viel; vicecomandante, Eugenio Marisot; secretario, Emilio Siderey Borne; tesorero, Santiago Hardie; doctor, Emilio Siderey Borne; capitán 1º brigada, Enrique Garnet; capitán 2º brigada, C. Hart⁸¹.

Esta noble iniciativa tuvo un éxito indudable: en 1893 contaba con cincuenta miembros voluntarios, y en 1920 la Dirección del Territorio Marítimo logró del gobierno un presupuesto de ciento cincuenta mil pesos, con el fin de importar desde Inglaterra dos modernas lanchas de salvataje marítimo aptas para las necesidades de este puerto⁸².

Bajo estos auspicios, el 15 de abril de 1925 se fundó el actual “Cuerpo de Salvavidas”, gracias al entusiasmo de un valiente grupo de empleados y obreros. La nueva institución tuvo como primer capitán a Olaf Christiansen. Desde un comienzo sus funciones fueron muy claras: “...Durante los temporales y avisos de temporal, los voluntarios del Cuerpo de Salvavidas se mantienen acuartelados durante todo el día y la noche en previsión de lo que pudiera ocurrir en la bahía. De esta manera, están listos para prestar auxilios en caso de que fueran solicitados por los buques mercantes anclados en la bahía y por las tripulaciones de las demás embarcaciones...”⁸³.

Así, tras alertar a sus voluntarios por medio de tres voladores de luces, éstos corrían hacia su cuartel por todas las calles de la ciudad⁸⁴, hasta embarcarse en el Bote Salvavidas. Este “... sale dando rondas para vigilar el buen estado de las amarras... sobre todo se revisan las chatas y grandes remolcadores que hay en la bahía, de manera de evitar que un remolcador arrastre en su marcha a la deriva a las embarcaciones menores...”⁸⁵.

⁸⁰Lukas, *Apuntes porteños*, Edic. Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 1978. s/p.

⁸¹*La Unión*, 25 de diciembre de 1886.

⁸²*El Mercurio de Valparaíso*, 5 de agosto de 1920.

⁸³*El Mercurio de Valparaíso*, 13 de junio de 1930.

⁸⁴*La Unión*, 11 de julio de 1904.

⁸⁵*El Mercurio de Valparaíso*, 30 de junio de 1926.

Pero ni las medidas tomadas por la Gobernación Marítima, ni la valiosísima tarea desempeñada por los voluntarios del "Cuerpo de Salvavidas" lograron hacer de Valparaíso un puerto seguro. Así lo testimonia una crónica aparecida en *La Unión* el 4 de junio de 1903. "El temporal de anteayer, fuera de las pérdidas de vidas que no consienten avalúo, grava en cuatro millones de perjuicios materiales al puerto de Valparaíso. Aunque algunos corresponden al capital extranjero, afectarán indirectamente los intereses del puerto y de la nación... Hay también otra clase de perjuicios indirectos cuya evaluación es casi imposible: los que provengan del merecido descrédito de Valparaíso como puerto comercial; seguros que suben, tarifas que suben, negocios que se dificultan, negocios que se hacen imposibles... Y si se considera que las ventajas de la situación de Valparaíso cederán enormemente cuando esté abierta, un porvenir no lejano, la ruta del canal de Panamá, hay que convenir en la necesidad y urgencia de hacer algo para mejorar las condiciones de nuestro puerto... Hasta aquí no han faltado las ideas y los proyectos platónicos: conclusión y afianzamiento del malecón actual; su reemplazo por una obra de carácter definitivo; defensas del puerto, dársenas, etc. Lo único positivo verificado el último año ha sido una especie de defensa de parte de los nuevos terrenos conquistados al mar... Convengamos que es necesario hacer algo más... Es indispensable abordar el problema en todas sus fases desde luego, evitando el escollo de pretender cosas económicamente inconvenientes y, por tanto, irrealizables... Pero no es posible cruzarse indiferentemente de brazos, porque es gran parte del capital nacional el que se condenaría a irremisible pérdida... Las rentas fiscales han quedado sistemáticamente lejos de Valparaíso".

Este apremiante llamado a "hacer algo para mejorar las condiciones de nuestro puerto..." ya era, en 1903, parte de la historia de Valparaíso, puesto que la preocupación para crear condiciones seguras de permanencia a la nave que llegaba hasta nuestra costa tenía más de un siglo. En efecto, Bernardo O'Higgins, cuando era Director Supremo, tuvo la primera idea de dotar a la ciudad de una zona portuaria que fuera refugio para los barcos en caso de peligro. Su propuesta consistía en excavar hacia el lado de lo que hoy es la Aduana, y crear una poza donde las naves capearan el temporal. Pero esta solución fue olvidada, y recién en 1861 —cuarenta años más tarde— apareció el primer proyecto concreto sobre obras portuarias para Valparaíso: el ingeniero chileno Ramón Salazar propone hacer malecones y obras de abrigo en la bahía. La idea no prosperó, y en 1900, bajo la presidencia de Federico Errázuriz, se creó una Junta de Puertos destinada al estudio de nuevas obras marítimas en el país y al mantenimiento de las ya existentes. Esta junta contrató en Holanda al ingeniero Jacobo Krause, quien, después de seis meses de estudio, concretó un proyecto cuyo costo final era de dieciocho millones de pesos oro. Pero dicho proyecto fue sometido a nuevos estudios de los técnicos locales, a discusiones en el Congreso y en los círculos políticos chilenos, hasta que, finalmente, fue a parar a los archivos.

Mientras tanto, continuaban sucediéndose los temporales, naufragaban barcos, se perdían vidas y aumentaba la ya extensísima nómina de daños materiales. La presión de los hechos —y de los particulares que se veían afectados por ellos— obligó al gobierno a encarar definitivamente el problema portuario. Para ello se promulgó —el 7 de septiembre de 1910— la ley que autoriza la construcción de obras marítimas en el puerto de Valparaíso, se pedían las propuestas del caso y se autorizaba un empréstito de tres millones de libras esterlinas. Dos años después, el 6 de octubre de 1912, se realizó en forma solemne la iniciación de las obras contratadas con la firma S. Pearson and Son Ltd. de Londres. En ese momento era Presidente de la República Ramón Barros Luco, e intendente de Valparaíso, Enrique Larrain Alcalde. La construcción del molo fue una labor que despertó el interés de ingenieros de todas las naciones, ya que se trabajó a una profundidad de 55 metros. Igualmente llamó la atención la colocación del monolito más grande del mundo en esta clase de obras, cuya construcción demoró 118 días y cuyo peso con relleno alcanzó a 11.360 toneladas. Los trabajos duraron doce años, al cabo de los cuales quedó emplazada esta importante obra de ingeniería que transformó a Valparaíso de un simple fondeadero a un puerto moder-

no, relativamente seguro, y que nos lleva a distinguir dos momentos en la "historia de las tempestades": un momento "anterior" y otro "posterior" a la inauguración del molo, en 1924⁸⁶.

Así, lentamente, a lo largo de casi un siglo fueron aplacándose las furias del viento, del agua y del fuego. Pero quedaban aún las grandes pestes, y el puerto requeriría muchos esfuerzos de sus habitantes y de sus autoridades, y muchas inversiones en grandes obras urbanas para ser una ciudad medianamente segura en lo que a salud se refiere.

También sobre este aspecto autoridades y vecinos debieron tomar conciencia y ello fue ocurriendo gracias a situaciones tan pavorosas como las epidemias de cólera Morbus y viruela en 1887 y 1905, respectivamente. En ambos momentos Valparaíso debió examinarse y concluir que era necesario mejorar la deplorable condición higiénica de la ciudad. En pos de ello actuaron autoridades y particulares, y cuando la epidemia ya era un hecho y los centros sanitarios –que además de extraordinariamente inadecuados eran insuficientes– no dieron abasto, hubo de ser las entidades de caridad las que paliaran, en la medida de lo posible, tanta escasez y precariedad.

En efecto, a pesar de su acelerado desarrollo económico, el primer puerto de Chile era, durante el período que nos ocupa, una ciudad definitivamente sucia si atendemos a la descripción que de ella hace Federico Walpole: "Valparaíso es, por cierto, el agujero más horrible de las costas del mundo, a excepción de uno o dos fuera del que se encuentran cerca... En el centro, el farallón se aproxima tanto al mar que sólo deja espacio para una calle y, mientras a un lado las casas descansan sobre postes en la playa, el fondo de las que se encuentran al otro lado casi tocan la roca escarpada. Donde quiera que las rocas lo permitan, se levantan edificios, y, en muchos casos, los especuladores han despejado el terreno para construir casas"⁸⁷. Más desagradable aún resultaba el Almendral; allí, según Domingo Faustino Sarmiento, "... no hay remedio, es pantano y muy pantano el que diviso hasta donde la vista alcanza... un nuevo pantano que ondula entre casas de un gusto delicado y elegante... Este contraste de edificios tan limpios y de gusto tan moderno, formando calles tan inmundas y descuidadas, me sugiere la idea de que es una perceptible imagen de la civilización europea y la rudeza inculta de nuestra América... los pintados edificios abundan cada vez más y el fango lo intercepta todo... un marinero ebrio canta God Save the King, incrustado en el barro como sapo de diluvio... arribamos a duras penas a la plaza de Orrego –(expuesta al mar)– ... que por ahora no es sino un depósito de basuras y un ciénago desagradable"⁸⁸.

"Si aquella estrecha planicie costera de poca altura que se extiende bordeando la bahía y que se conoce como el 'plan' de la ciudad presentaba un deplorable e insalubre aspecto, imagínese el lector ¡qué quedaba para los cerros! Así, por ejemplo, entre los tres cerros del sector puerto –San Francisco, San Agustín, San Antonio– corren pequeños esteros llamados quebradas... No hay nada más miserable que las habitaciones situadas a proximidad de esas quebradas, surcos profundos de la montaña donde fermentan toda clase de restos impuros. Las casas, bajas y feas, pegadas por un costado al suelo y sostenidas por el otro sobre estacas dispuestas a manera de pilares, forman el más completo desorden, sin considerar en nada al vecindario..."⁸⁹. De más está decir que toda suerte de inmundicias descendían por esas pendientes naturales, bordeando las construcciones y amenazando –en invierno– inundarlas o simplemente arrasarlas con sus nauseabundas materias. Otras veces el efecto era menor. *El Mercurio del Valparaíso*, en su edición del día 2 de enero de 1869, nos informa que en el pasado "... las aguas de las

⁸⁶Carmona Vial, Hernán. *Postales del viejo Valparaíso*. Album N° 1. Editorial Guías. Imprenta Victoria. Valparaíso, p. 11.

⁸⁷Walpole, Federico. "Visión de Valparaíso al finalizar la 1ª mitad del siglo XIX"; *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, año III, N° 6, 2º semestre de 1935; en Calderón, Alfonso. *op. cit.*

⁸⁸Sarmiento, Domingo Faustino. *El Mercurio de Valparaíso*, días 2, 3, 4, 6 y 7 de septiembre de 1841; en Calderón, Alfonso. *op. cit.*

⁸⁹Rodriget, Max. "Valparaíso y la sociedad chilena", en Calderón, Alfonso. *op. cit.*

quebradas eran más abundantes y no se estancaban tan pronto en la estación del estío; siendo así que hace algunos años apenas arrastran un insignificante caudal después de la primavera, o dejan en seco su lecho, donde van a parar todas las inmundicias de la vecindad, que se corrompen y continúan infestando el aire hasta que las lluvias del invierno surten de nuevo las vertientes⁹⁰. Con caudal o sin caudal, es claro que la situación sanitaria e higiénica de quienes moraban en las proximidades de estos verdaderos vaciaderos de desechos no podía ser peor. La acumulación de desperdicios en los cerros, unida, al material de arrastre de los esteros que los atraviesan verticalmente, formaban una verdadera corteza; casi como una segunda tierra donde la gente más pobre establecía su casa.

Una idea de la magnitud de semejantes inmundicias nos la dan los datos presentados por la Junta de Vecinos de Valparaíso el lunes 10 de julio de 1905, según consta en el diario *La Unión*, en edición del mismo día: "... Ya hoy... deben haberse extraído de las quebradas de Valparaíso, entre la Escuela Naval – [actualmente Escuela de Abastecimiento]– y la Plaza de la Victoria, nueve mil carretadas de tierra, de desperdicios, de mugre, de inmundicias. Y se puede calcular que en las restantes quebradas, que son las más extensas y las que corresponden a los barrios de mayor población, queda material por lo menos para otras veinte mil carretadas... Nueve mil más veintiún mil suman treinta mil carretadas de basura porteña. Y toda esa mugre se ha venido acumulando durante diez años más o menos en el fondo de las quebradas, y cediendo una parte a cada aguacero para que ésta se arrastre al plan⁹¹. El testimonio recién citado sorprende porque pone de manifiesto la negligencia de las autoridades municipales, quienes se demoraron diez años en reaccionar ante el problema de la basura. Resulta más sorprendente aún si consideramos que la ciudad ya había sido azotada por una epidemia y se debatía desesperadamente a merced de otra.

Así, pese a su primera importancia sanitaria, la Policía de Aseo se conservó en el más lamentable atraso. "Recientemente se ha principiado a cerrar algunos cauces, origen principal de la infección e insalubridad en algunos barrios muy poblados de la ciudad. El Municipio, a pesar de sus exhaustos recursos, ha acordado invertir algunos miles de pesos en esta notable mejora; pero como las obras de esta naturaleza son bastante costosas, la suma votada con este objeto no servirá sino para reparar en parte el mal, dejando aún mucho por hacer. A los vecinos de dichos cauces corresponde ayudar con sus erogaciones a la autoridad local, a fin de que sea remediado en toda su extensión... El número de habitantes aumenta rápidamente, y a medida que es mayor su aglomeración, deben ir mejorando las condiciones higiénicas. Hasta ahora ha sucedido todo lo contrario, siendo esta la causa de que un temperamento tan saludable como el de este puerto se desmejore día a día⁹².

En efecto, hubo de pasar bastante tiempo para que, alrededor de 1905, por fin la Municipalidad pudiese disponer de fondos –gracias a la piedad de los acreedores– para limpiar la ciudad de Valparaíso. Y como el aseo de las calles del plan, las quebradas y los cerros mismos era cosa realmente apremiante para la salud de la población, tanto las autoridades como los particulares se unieron en una verdadera cruzada de limpieza. Así quedaba de manifiesto en la edición del diario *La Unión* del 11 de julio de 1905: "Pero esto [el aseo de la ciudad] apura, apura muchísimo, y toda la ciudad no es más que un inmundo corral. Los carretones no pueden, absolutamente no pueden bastar para la tarea de transportar el lodo a los lejanos botaderos... Se impone, pues, una medida extraordinaria. Es necesario facultar al alcalde y a la Junta de Vecinos para que hagan arrojar el lodo en la bahía a corta distancia: así, con actividad, la ciudad quedará limpia en una semana⁹³.

⁹⁰*El Mercurio de Valparaíso*, 2 de enero de 1869.

⁹¹*La Unión*, 10 de julio de 1905.

⁹²*El Mercurio de Valparaíso*, 2 de enero de 1869.

⁹³*La Unión*, 11 de julio de 1905.

Tras esta toma de conciencia respecto de la urgencia de una solución para el problema de la basura y los desperdicios porteños, no tardó en llegar una legislación que pusiese un poco de orden en las medidas a tomar para paliar la situación. Es así como el 13 de julio de 1905, en ejercicio de las atribuciones que les conferían la Ley de Policía Sanitaria y la Ordenanza General de Salubridad en vigencia, los Sres. Joaquín Fernández Blanco y Emilio Errázuriz promulgaron el decreto sobre el aseo de las calles de Valparaíso⁹⁴. Este decreto constaba de doce artículos referidos principalmente al barrido de calles, aceras, veredas, plazas y avenidas; a la prohibición de arrojar basuras a la calle, quebradas o cauces de la ciudad; a la reglamentación del depósito de desechos fabriles, industriales y animales en lugares debidos –preferentemente al mar, en las partes señaladas por la Gobernación Marítima– y varios puntos más referidos al problema⁹⁵. Claro está que la sola legislación no bastaba para poner fin a las malas condiciones sanitarias del puerto, ya que la falta de aseo y recolección de desperdicios no era la única causa que producía esta lamentable situación. En efecto, el problema sanitario era mucho más complejo y exigía soluciones integrales que provinieran de especialistas calificados –economistas, políticos, ingenieros, urbanistas, médicos, químicos, etc.–, además de enormes presupuestos. En el manejo de la basura, la comunidad de Valparaíso pareció ver una forma directa de intervención, e hizo aportes en ese sentido, pues ya conocía los resultados de la indiferencia original.

Pero si bien es cierto que en la ciudad se desató una verdadera cruzada higiénica, no es menos cierto que la epidemia de viruela estaba instalada en ella, y que las unidades de salud existentes eran tan ineficaces como escasas. Su estado de conservación y funcionamiento era realmente pavoroso. En ellas faltaba el espacio indispensable para la respiración de aire sano. “Cuando por la tarde se cerraban las ventanas, la atmósfera se cargaba en tal medida de miasmas y se hacía tan fétida que los médicos y los alumnos se veían obligados a esperar que se renovase algo, y aun así transpiraban copiosamente. Al abrirse las ventanas, se producía un cambio brusco de temperatura, fatal para los enfermos. Para un extraño era imposible penetrar al segundo patio sin taparse las narices y sorber esencias, para resistir el olor indefinido, mezcla de comidas, remedios y miasmas emanadas de los cuerpos de los enfermos”⁹⁶. Y no sólo carecían de aire sano tal como lo indica una crónica de *El Mercurio de Valparaíso* del 12 de mayo de 1913, al referirse al Hospital de San Agustín –único hospital de mujeres de Valparaíso, dirigido por Enrique Deformes– “... [aquel] no tenía sala de recepción de enfermos y de observación para aquellos pacientes que esperaban un diagnóstico de su situación –enfermedad infecciosa, sobre todo–. No tiene baños habitables. No hay comedores. Tiene un mal depósito de cadáveres, cocina. El presupuesto es de \$ 295.712. El Gobierno contribuye con \$ 12.000, lo que no es nada si consideramos que destina \$ 158.000 al Hospital San Juan de Dios; \$ 60.000, al Sanatorio de Peña Blanca; \$ 38.000, al Hospicio de Viña del Mar...”⁹⁷.

Y a la precariedad, como hemos dicho, se agregaba la escasez. Baste para probar tal afirmación que durante la epidemia de viruela el número de apestados era tan grande que en los dos lazaretos que había en Valparaíso –con capacidad máxima para 700 personas– era imposible que cupieran los 3.000 enfermos que había esparcidos por la ciudad al 24 de julio de 1905, de manera que no había otro camino que atender a los variolosos a domicilio⁹⁸. Para ellos se contaba sólo con cuatro médicos que, obviamente, no podían atender a la cantidad de enfermos que tenían a su cuidado⁹⁹.

⁹⁴*La Unión*. 13 de julio de 1905.

⁹⁵Cfr. *La Unión*. 13 de julio de 1905.

⁹⁶Encina, Francisco A. *Historia de Chile*, Tomo 28, Ed. Ercilla, Santiago, 1984, p. 102.

⁹⁷*El Mercurio de Valparaíso*. 12 de mayo de 1913.

⁹⁸*La Unión*. 24 de julio de 1905.

⁹⁹*La Unión*. 14 de julio de 1905.

Así fue como, surgidas de la necesidad, nacieron numerosas organizaciones caritativas que aumentaron la disponibilidad de cuidados sanitarios, como por ejemplo el Hospital de Niños, que tuvo su origen en 1903 como Dispensario para Niños; la Liga contra la Tuberculosis que estableció varias casas de socorro en la ciudad y varios asilos. El 14 de febrero de 1907, cuando se creó la Asistencia Pública Municipal, se organizaron también tres servicios de dispensarios en la casa central, tres en los barrios de la 1ª, 2ª y 5ª comunas y uno en la Población Portales¹⁰⁰. Más antiguo que ningún otro, el Dispensario San José –fundado en 1889– se vio atestado de variolosos. Este se ubicaba en la calle Molina al costado de la Parroquia del Espíritu Santo y se sostenía únicamente con las erogaciones de personas caritativas¹⁰¹.

Todas estas instituciones particulares, orientadas a mitigar el dolor físico y a ayudar a la población más desprotegida, no solucionaban el problema de salud de los habitantes de Valparaíso, pero fueron importantes en su momento, y lo seguirán siendo hasta que el país logre cubrir las necesidades sanitarias de toda la población. Tarea lenta y difícil para la que, como dijimos antes, hace falta más que la iniciativa particular, por muy dinámica y organizada que ésta sea.

Como ya hemos visto, incendios, temporales y epidemias dieron a los porteños oportunidad para evidenciar su capacidad organizativa y crear instituciones de prevención, socorro y salvamento, impulsar grandes obras de ingeniería y poner en funcionamiento entidades de salud que prestaron servicios más allá de las situaciones para las que fueron creadas. No ocurrió lo mismo con los terremotos, ante los cuales sólo parecía posible la evaluación del desastre y la consiguiente reconstrucción. Sin embargo, entre ambos momentos quedaba siempre un espacio para la solidaridad, manifestada no sólo en estos casos, sino en todas las situaciones infortunadas que vivieron los habitantes de Valparaíso en el período que nos ocupa. Y tal era la generosidad del porteño que el alemán Paul Teutler –quien estuvo en Chile entre los años 1851 y 1863–, constató muy bien este hecho, desde su particular óptica de extranjero: “... se reunían anualmente sólo para ayudar al hospital, entre 15.000 y 20.000 pesos por medio de colectas, y si alguien perdía su fortuna sin culpa, por incendio, terremotos o malos negocios, se realizaban de inmediato colectas en su beneficio, ayudándole por medio de conciertos, bailes y funciones teatrales”¹⁰². Con el transcurso del tiempo, la solidaridad con el que sufría una catástrofe se transformó en una verdadera tradición, en la que la iniciativa particular encontraba nuevo cauce.

Prueba de lo dicho fue la actitud de los particulares y de las instituciones eclesiásticas después del terremoto de 1906. Cuando la ciudad acababa de derrumbarse y sus habitantes apenas podían reaccionar ante la magnitud del desastre, el gobernador eclesiástico, los sacerdotes de los Sagrados Corazones, los curas, los jesuitas, los redentoristas y otros miembros del clero salieron inmediatamente en busca de la población desolada y emprendieron la tarea de dar la absolución a las multitudes aterradas¹⁰³. En la misma noche del sismo, además, comenzaron la gran tarea del hospedaje, el auxilio a los enfermos y desvalidos, la limosna y el abrigo a la atribulada sociedad porteña, tal como lo recomendara el arzobispo de Santiago Mariano Casanova el 20 de agosto de 1906: “Es necesario amados cooperadores, acrecentar el ardor de nuestro celo en favor de los pobres, postergar toda otra obra, desatender cualquier otra necesidad, para allegar recursos con que acudir en auxilio de sus huérfanos, de las viudas, de los que han quedado sin techo, sin hogar y sin pan... Es nuestro deseo que cada párroco organice Juntas de Socorro que coadyuven a la acción de las autoridades, visiten los enfermos, repartan limosna a domicilio y procuren remediar en cuanto sea posible el efecto de las calamidades que pesan sobre nuestro pueblo y arbitren los medios de prevenir mayores males...”¹⁰⁴.

¹⁰⁰ *El Mercurio de Valparaíso*. 24 de abril de 1913.

¹⁰¹ *La Unión*. 9 de febrero de 1890.

¹⁰² Calderón, Alfonso. *op. cit.*, p. 211.

¹⁰³ *La Unión*. 29 de agosto de 1906.

¹⁰⁴ *La Unión*. 30 de agosto de 1906.

Así, apenas se dejó sentir el terremoto, el Seminario Conciliar de San Rafael abrió sus puertas a las mil familias que lloraban la pérdida de su hogar o la muerte de un pariente. En los días posteriores al sismo el seminario mantuvo dos "ollas" para la provisión de comestibles, repartiendo los artículos de primera necesidad a más de dos mil personas, entre las que se contaban distinguidos porteños tales como Arturo Palacios y familia, Agustín Herrera y familia, Daniel Feliú y familia, Alfredo Calvo y familia, Manuel Antonio Tornero y familia, doctor Cornelio Durán y familia, Rosalba C. de Nordenflycht y familia, Leonor V. de Pascal y familia, Srta. María Luisa Mackay Borgoño, James Brown y muchos más¹⁰⁵.

Por su parte, los RR.PP. Franciscanos del Barón prestaron asilo en su convento a más de mil personas, entre sanos, heridos y enfermos que llegaban a tocar su puerta y solicitar su caridad¹⁰⁶. El cura párroco de la iglesia de la Matriz, Pbro. Sr. del Canto, en un acto de santo desprendimiento y en vistas de que el cuartel de la 1ª Comisaría estaba destruido al igual que la casa de Santa Ana, trasladó a casi cincuenta heridos a su propia casa, dedicándose allí a curarlos y a medicinar enfermos pese a los precarios medios con que contaba¹⁰⁷. Los Rvdos. Padres Jesuitas, como las demás congregaciones religiosas de Valparaíso, ofrecieron albergue y hospitalidad a 203 personas, no obstante que recibían provisiones de carne, azúcar y café sólo para 10 personas... el resto lo costeaban ellos mismos. Entre las conocidas familias que se asilaban allí se contaban las siguientes: Calvo Fontecilla, Leguía Ross, Escobar Carreño, Peña y Lillo Aguilar, Le Roy Peralta, Bellet Neumann, Alvear León y otras¹⁰⁸. El gran refugio de las familias porteñas fue, sin duda, la casa de la Congregación de los Sagrados Corazones. Si bien la población formó campamento en las calles anchas y plazas, como en la avenida Brasil, en la Plaza de la Victoria, en el Jardín Municipal y otros puntos más, no hubo hospitalidad mejor que la brindada en el jardín interior de los Padres Franceses. Casi mil personas albergaban estos admirables padres, entre las que se encontraban importantes familias: la del intendente completa, del alcalde Bermúdez, del Sr. Juan de Dios Arlegui, de Isaac de Tezanos Pinto, de Alberto Cumming, Díaz Arrieta, Bierwirth, Riofrio Kreibig, Brockmann, Cruchaga, Urenda Trigo, Lyon Lorca, Martínez y otras¹⁰⁹.

Pero no sólo las congregaciones religiosas asilaron y dieron albergue a los damnificados del terremoto, sino también numerosos particulares que, con gran espíritu filantrópico, ayudaban desinteresadamente a los desdichados que lo habían perdido todo. Así, por ejemplo, el Sr. Guillermo Marini, un empresario circense cuyo local funcionaba en la calle Freire, entre Victoria e Independencia "... facilitó su carpa, asilando gratuitamente a mucha gente... Esta persona no reparó en gastos, sacrificios e incomodidades para ayudar al prójimo"¹¹⁰. Al mismo tiempo, en los campamentos que la gente había levantado en las calles, plazas y anchas avenidas, no faltaron las personas de buena voluntad que —ayudando a la acción de las autoridades— hicieron de jefes y lograron poner orden, repartir los víveres y consolar a los afligidos. En el campamento situado en la avenida San Juan de Dios los Sres. Enrique Ferreira, Gustavo Rogers, Ceferino Silva, Pedro Mallet y José Privique, con gran espíritu de sacrificio tomaron a su cargo la jefatura de ese campamento, consiguiendo en tres días materiales para la construcción de un galpón que los cubriese del frío y de la lluvia. Don Pedro Ibarza tomó a su cargo construir el galpón y —con la rapidez que pudo— lo logró. El Sr. Henckens facilitó un carretón con su correspondiente caballo para traer provisiones diariamente desde la estación de Bellavista¹¹¹ y así como los relatos del terremoto de

¹⁰⁵ *La Unión*. 29 de agosto de 1906.

¹⁰⁶ *La Unión*. 30 de agosto de 1906.

¹⁰⁷ *Ibidem*.

¹⁰⁸ *La Unión*. 3 de septiembre de 1906.

¹⁰⁹ *La Unión*. 4 de septiembre de 1906.

¹¹⁰ *La Unión*. 5 de septiembre de 1906.

¹¹¹ *La Unión*. 31 de agosto de 1906.

1906 muestran cómo toda una ciudad se organizó para socorrer a los damnificados, los testimonios posteriores al derrumbe del Tranque Mena de 1888 constituyeron también pruebas de la diligencia con que la comunidad se organizó para ir en ayuda de los afectados y para defender a la ciudad.

"A la ola de desdichas que ayer se ha derramado sobre nuestro desgraciado pueblo, la generosidad porteña ha puesto desde luego la ola benéfica de la caridad que vendrá a aliviar los desastrosos efectos de aquella... Por todas partes surgen erogaciones y actos de desprendimientos de las personas pudientes"¹¹². En efecto, tan sólo un día después de ocurrida la catástrofe –el domingo 12–, connotados personajes del quehacer local se reunían a eso de las dos de la tarde en el Gran Salón de la Compañía de Bomberos a objeto de arbitrar las medidas que fueran necesarias para paliar la catástrofe.

El diario *La Unión* da cuenta de esta noble iniciativa en un artículo titulado: "La iniciativa particular: Reunión de los vecinos", donde señalaba: "De conformidad con lo anunciado, el domingo a las dos de la tarde se congregaban en el gran salón de la Compañía de Bomberos, gran número de personas, salidas de lo más selecto y respetable del comercio y sociedad porteños; fieles al llamado de la necesidad y de la desgracia. Pocas veces habíamos visto una sesión más distinguida y encaminada a tratar de un objeto más noble..."¹¹³. "...Su objeto es arbitrar los medios de auxiliar debidamente a los damnificados en la catástrofe de ayer y procurar, por todos los medios posibles, que el Gobierno vote las sumas necesarias y dé las garantías suficientes para que en adelante no se repitan las calamidades que habiendo podido ser evitadas, ha tenido que soportar el pueblo de Valparaíso..."¹¹⁴.

Entre las personalidades que concurren a la reunión, el diario *La Unión* señalaba los siguientes nombres: "Juan de Dios Arlegui, Adolfo Schwartz, Buenaventura Sánchez, José María Cabezón, Mariano Egaña, Agustín Ross, Carlos Lyon, Juan B. Billa, Francisco A. Pinto, Antonio Cornish, José Nicolás Vial, Augusto Möller, Gustavo Rosemberg, Aníbal Tagle, Alvaro y José Besa, Jelasio Dávila, Juan Rafael Albano, Lis Billa, Luis Cerveró, Rey Wetheral, Oscar Viel, Benito Mannheim, Enrique Edwards, Enrique Valdés Vergara, Francisco Capurro, R.S. Tornero, P. Severín, Santiago Barros, Emilio Sartori... y otras personas más cuyos nombres se nos escapan..."¹¹⁵. En dicha asamblea se nombró un directorio para llevar a cabo los objetivos antes enunciados. De esta manera, en el acto fueron elegidos por aclamación Buenaventura Sánchez como presidente y Enrique Valdés Vergara y Aníbal Tagle como secretarios. A su vez, a proposición de B. Sánchez se nombró un directorio compuesto por los señores Juan de Dios Arlegui, A. Schwartz, Carlos Lyon, Tomás Gervasoni, Henry Wetheral, Raimundo Devés y Jelasio Dávila. La junta, además, nombraría "... comisiones colectoras de fondos para socorrer a los pobres damnificados, haciendo la designación por distritos y formando el personal de cada una con personas de diversas nacionalidades... Asimismo, se acordó facultar al directorio para proceder, como lo crea más conveniente, a la destinación e inversión de los fondos que se colecte..."¹¹⁶.

En reunión posterior, los miembros del directorio distribuyeron la ciudad en tres distritos, nombrando para cada uno de ellos una comisión de cinco miembros de diversas nacionalidades. A su vez, se acordó autorizar a cada comisión distrital el derecho a nombrar subcomisiones que las ayudasen en sus tareas. Asimismo, Juan de Dios Arlegui se encargó de contactarse con la presidenta de la Sociedad de Beneficencia de señoras, Isabel Álvarez Condarco de A., a fin de encargar a su institución la distribución de auxilios recibidos. Además, se acordó que los Sres. Lyon y Wetherall quedaran comisionados para distribuir socorros ante necesidades urgentes, hasta la suma de quinientos pesos¹¹⁷.

¹¹²*La Unión*. 12 de agosto de 1888.

¹¹³*La Unión*. 14 de agosto de 1888.

¹¹⁴*La Unión*. 12 de agosto de 1888.

¹¹⁵*La Unión*. 14 de agosto de 1888.

¹¹⁶*Ibidem*.

¹¹⁷*Ibidem*.

A parte de estas importantes iniciativas particulares originadas a partir del propio sentir de la comunidad, Juana Ross de Edwards, la gran benefactora de Valparaíso, una vez más se hizo presente. Ella "... encabezando como siempre las empresas de la misericordia, ha pedido que todos los niños y niñas huérfanos o desvalidos les sean enviados para hacerse cargo de ellos"¹¹⁸. Así, la señora Ross ofrecía "... pronto un nuevo y cómodo hogar para los pobres que han quedado en la calle, dándoles hospedaje en el Asilo del Salvador situado en la calle Colón N° 24; pues hay algunas habitaciones dejadas por las asiladas que se han ido a la capital y que no tienen necesidad de tal merced..."¹¹⁹.

Por otra parte, surgieron múltiples campañas recolectoras de erogaciones, impulsadas por vecinos, comerciantes y empresas de la zona. La Junta de Beneficencia formada para esta ocasión el día 23 de agosto, ya había socorrido a 162 familias porteñas¹²⁰. Además, extendiendo aún más los beneficios para las víctimas del desastre, la comisión arrendó y pagó el alquiler de estas familias durante dos meses¹²¹.

La Iglesia Católica también aportó con una importante ayuda; de allí que el arzobispo de Santiago Mariano Casanova, apenas se enteró de lo sucedido, comprometió su ayuda ante el gobernador eclesiástico: "Al tener conocimiento de las desgracias ocurridas ayer, el Itmo. y Rvdo. señor arzobispo de Santiago se propuso hacer lo que estuviera a su alcance con el objeto de aliviar la triste condición en que tantos infelices han quedado... Como contribución personal, en auxilio de aquéllos, puso a disposición del señor gobernador eclesiástico la suma de quinientos pesos... Además se presentó a ofrecer sus servicios al señor intendente..."¹²². Asimismo, monseñor Casanova instó a los porteños a organizar la ayuda en torno a las diferentes parroquias, de modo que la recolección de los recursos fuese ordenada y su distribución justa: "Para conseguirlo, reunid a vuestros feligreses más entusiastas y acordad con ellos cuanto sea necesario para que, si posible fuera, ningún desgraciado deje de sentir en este caso los consuelos de la fe y los servicios de la caridad"¹²³. Y los ejemplos podrían multiplicarse, pues, como ya dijimos, cada vez que la desgracia azotó a Valparaíso, sus habitantes tuvieron la fuerza necesaria para rehacerse, organizarse, ayudarse y continuar.

Nacida por voluntad de Pedro de Valdivia, declarada ciudad por Bernardo O'Higgins y desarrollada sorpresivamente por obra y gracia del comercio, Valparaíso fue escribiendo su historia de progreso y opulencia sobre otra historia de sufrimiento y tragedia. La lucha constante contra una naturaleza hostil, emprendida por sus habitantes —muchos de ellos extranjeros, sin mayores vínculos con la ciudad— le fue dando su forma actual y de último agujero de las costas del Pacífico como la calificara un viajero ya citado, llegó a ser una ciudad en que la vida no sólo era posible, sino grata, y desde donde la modernidad, el lujo, la opulencia y un estilo de vida diferente fueron irradiados al resto del país.

Todo ello gracias al espíritu empresarial de unos hombres para quienes lo infausto no significaba sólo destrucción, sino la magnífica oportunidad de reconstruir.

¹¹⁸ *La Unión*. 12 de agosto de 1888.

¹¹⁹ *La Unión*. 14 de agosto de 1888.

¹²⁰ *La Unión*. 23 de agosto de 1888.

¹²¹ *La Unión*. 18 de agosto de 1888.

¹²² *La Unión*. 12 de agosto de 1888.

¹²³ *Ibidem*.